

RESEÑAS

JOSÉ BENGOA, *Historia de los antiguos mapuches del sur. Desde antes de la llegada de los españoles hasta las paces de Quilín*. Editorial Catalonia, Santiago, 2003, 528 pp.

Fiel a un lugar común en su producción científica, la pluma del antropólogo José Bengoa ha vuelto a dar a la luz una obra histórica marcada por el signo de la dualidad. Un extremo de la balanza nos habla de un trabajo novedoso e interesante, plasmado en propuestas innovadoras que indudablemente contribuyen a conformar un escenario de debate que aporta a la reflexión y elaboración de nuevas posibilidades interpretativas, las que permiten bosquejar un cuadro original del temprano contacto hispano-indígena en los territorios meridionales del Reino de Chile. Consecuencia de lo anterior, el extremo opuesto ostenta el sello de la polémica, de una obra no exenta de críticas, como ha sucedido con algunas de sus producciones previas, como es la *Historia social de la agricultura chilena* (1991) y su *Historia del pueblo mapuche, siglos XIX y XX* (1985).

Llevando su mirada más allá de las centurias del XIX y XX, intensamente estudiadas por él, nuestro autor centra ahora su atención en las vicisitudes que envolvió el primer siglo de (des)encuentro entre los peninsulares y las parcialidades nativas de ultra Biobío, escarbando incluso en los aportes que la disciplina arqueológica ha entregado para las etapas prehispánicas, poniendo el punto final de su recorrido histórico en la implantación de las célebres paces de Quilín, encabezadas en el bando español por el Marqués de Baidés, el 6 de enero de 1641.

Estructurado en 16 capítulos temáticos que siguen un orden apegado a la cronología de los acontecimientos, el libro está organizado en tres grandes secciones. La primera, titulada “La sociedad ribereña”, esboza un panorama que ilustra los orígenes y formas de vida de los mapuches de los días de la Conquista, sus usos y costumbres, los diversos niveles de integración sociopolítica por los que se relacionaban los grupos de parientes y amigos, las reglas matrimoniales que regían el intercambio de mujeres (verdaderas “bisagras” que articulaban una intrincada red de alianzas que mostraban su fuerza cooperativa en el ámbito bélico y/o económico), las modalidades organizativas que adoptaban al momento de enfrentar una amenaza externa, además de conjeturar sobre el potencial demográfico que detentaban en aquellos días, aproximándonos también a las diversas modalidades económicas (caza, pesca, recolección, actividad ganadera y agrícola) que brindaba la intrincada geografía que encierran las aguas del Biobío y el seno de Reloncaví. Sin lugar a dudas que el aspecto más interesante y, a la vez, la propuesta central de esta primera sección, es el reconocimiento de un mundo aborígen estrechamente ligado a los sistemas lacustres y cursos fluviales que bajan desde los faldeos andinos para desembocar en la inmensidad del Pacífico: los ríos, de ser tradicionalmente concebidos como hitos fronterizos (como efectivamente ocurrió con el

Biobío una vez asentadas las armas hispanas en su borde septentrional), pasan a ser reconocidos ahora como vías de comunicación expeditas gracias al desarrollo de eficientes sistemas de navegación, como fue el caso de la piragua o *wampu* (bote hecho de un solo tronco que servía tanto para el mar como para los ríos y lagos). La nueva aproximación de José Bengoa echa por tierra el concepto de “limes” para las cuencas hídricas de la Araucanía, conceptuándolas ahora como verdaderas rutas de integración entre las unidades parentales involucradas en la dinámica de las relaciones intraétnicas (festividades, matrimonios, asistencia económica y militar, etc.). Como consecuencia lógica de esto el autor argumenta, si bien pensamos que con una exageración entusiasta, que previo al contacto y en los momentos inmediatamente posteriores a este, el principal eje integrativo de las parcialidades seguía una orientación este-oeste, según el curso de las vías fluviales, y no será sino hasta la adopción definitiva del caballo en las últimas décadas del siglo XVI, que tal eje latitudinal ceda su lugar a una rearticulación longitudinal de las alianzas, metamorfosis que prefigurará las macrofederaciones que en los siglos siguientes serán reconocidas como vutanmapus. Empero, si bien nuestro autor sustenta su hipótesis en una copiosa documentación édita e inédita, consideramos que algunas de sus interpretaciones, como en este caso, son aventuradas y carentes de un análisis más profundo y medido. En contraposición a lo planteado por Bengoa, hace poco publicamos un artículo (2002) en el que demostramos que la estructuración del sistema de vutanmapus tuvo un origen más temprano del que tradicionalmente se ha sostenido: el “Estado Indómito”, constructo literario que alcanzase renombre a través de los versos de La Araucana de Alonso de Ercilla, no fue más que una macrofederación que enlazó a las provincias costinas de Arauco, Tucapel y Purén, y que fue responsable del primer alzamiento indígena en 1553, el que se inició con la muerte del entonces gobernador Pedro de Valdivia. Si bien el transcurso de los acontecimientos en los años posteriores se tradujo en la adhesión de nuevas provincias llanistas y algunas precordilleranas, lo cierto es que el eje rector de la rebelión tuvo en esta alianza costina su fundamento articulador: la dimensión longitudinal de las uniones bélicas, apegada al molde geográfico del área en cuestión, habría tenido siempre prioridad por sobre las alianzas que enlazaban a las agrupaciones emplazadas en torno al curso de los ríos, cuando menos entre el Biobío y el Toltén. De esta manera, la hipótesis planteada por Bengoa carece de un asidero histórico y, más aún, de un cuerpo documental que la respalde. Por lo demás, si bien reconocemos el mérito de este autor al rescatar un aspecto escasamente tratado de la forma de vida de los mapuches como fue su estrecha relación con las redes fluviales, pensamos que la forma en que presenta su propuesta cae en la exageración de convertir a los ríos y lagos del sur prácticamente en una segunda Venecia.

Un problema no menor en el trabajo documental es la falta, en muchas citas, de su referencia correspondiente, omisión que dificulta la verificación de los especialistas a fin de evaluar las interpretaciones esgrimidas.

En otro orden, detectamos en las páginas ciertas contradicciones que dificultan la comprensión de algunos aspectos esenciales para el correcto entendimiento del mundo mapuche: así por ejemplo, en las páginas 162 y 163 notamos que el autor confunde al *lov* (la familia extensa) con el *lebo* (conjunto de dichas familias), mientras que solo dos páginas después define a cada una de estas unidades integrativas como

entidades diferenciadas. Anomalías de esta naturaleza hacen innecesariamente engorroso el entendimiento del pasado indígena y en particular de sus instituciones.

Junto con esto, una serie de imprecisiones que pasarían inadvertidas a los ojos de los lectores no especializados conforman un panorama equívoco del escenario prehispánico; señalaremos solo algunas de las más destacadas.

En la página 31 indica que en la ya desecada laguna de San Vicente de Tagua Tagua estuvieron “los más antiguos pobladores de estas tierras [Chile]”: craso error, pues las investigaciones realizadas por Tom Dillehay en el ya famoso sitio paleoindio de Monte Verde en las cercanías de Puerto Montt, han determinado que su datación basal de aproximadamente 13.000 años antes del presente lo sitúan como el asentamiento humano más antiguo de Chile (Tagua Tagua bordea los 11.000 años antes del presente), e incluso como uno de los más tempranos del continente americano.

En la misma página vuelve a demostrar su escaso roce con la bibliografía arqueológica al señalar que los grupos agroalfareros aparecieron en el territorio chileno “hace unos dos mil años antes de Cristo”. Desconocemos sobre cuál secuencia apoya esta afirmación, pero lo cierto es que la aparición de la cerámica y la producción de alimentos tiene una raigambre algo más tardía: en el Norte Grande este fenómeno surge hacia el 1000 antes de Cristo ligado a influencias altiplánicas del área circuntítica (si bien reconocemos que sus antecedentes se retrotraen unos mil años antes); en el Norte Chico el origen del Complejo el Molle se remonta a los comienzos de nuestra era; en Chile Central el Complejo el Bato, con una profundidad cronológica de 300 años antes de Cristo, marca el inicio de la etapa formativa; mientras que en el sur el Complejo Pitrén recién surge hacia el 500 después de Cristo. En suma, el libro añade mil años de producción agroalfarera que salieron del sombrero de algún mago.

En las páginas 37-38 dice que en tiempos incaicos se llamaba a Quillota “el valle de Chile”: el vicio del autor reside en trasladar un etnotérmino a un sector geográfico diferente al que le corresponde históricamente; el área de Quillota o curso inferior del actual río Aconcagua era llamado “valle de Conconcagua”, del cual deriva el nombre actual, mientras que el término “valle de Chile” estaba reservado exclusivamente para el curso superior de dicho río. Al arribo de los españoles las poblaciones asentadas en la mitad arribana (valle de Chile) eran regidas por la figura de Michimalonco, mientras que la mitad abajina (valle de Conconcagua) lo era por la de Tanjalonco. Los testigos más tempranos (Bibar, Góngora Marmolejo y Mariño de Lovera) son bastante explícitos en este punto, y por consiguiente resulta extraño que un autor versado en las crónicas caiga en un error de este tipo.

En la página 57 indica que el Biobío es el río más largo del país: cualquier chileno que tenga un mínimo conocimiento de los principales hitos de nuestra geografía sabe que los 380 kilómetros del Biobío están muy por detrás de los 440 kilómetros que recorre en su trayecto el río Loa, el cual ostenta con justo derecho el título de ser el más largo de nuestro territorio.

Para finalizar con esta sección, baste agregar que en la página 92 atribuye al concepto “Ngen” el significado de “creador”: las investigaciones de María Ester

Grebe (1993-94) han demostrado que el verdadero significado de este término era el de “dueño de...”, en otras palabras, los *ngen* eran y son los espíritus dueños de la naturaleza; como dice esta autora: “En *mapu-dungu*, el lexema *ngen* designa genéricamente al dueño de alguna entidad. Al que domina, predomina, manda, gobierna y dispone; pero también al que cuida, protege y resguarda” (p. 50), y luego prosigue: “Los *ngen* son seres animados, activos, con caracteres antropomorfos, zoomorfos y fitomorfos, que reciben órdenes de sus dioses creadores” (p. 51). Así, José Bengoa está confundiendo dos subsistemas religiosos de distinta jerarquía al concebir a los *ngen* como entes creadores, cuando en realidad responden a una concepción animista del cosmos según la cual estos seres son el fundamento que dan vida y dinamismo a la naturaleza.

Podríamos señalar otras imprecisiones que hemos detectado en las páginas del libro, pero baste con las ya indicadas para prevenir al lector lego de los errores que hemos apuntado.

La segunda sección, titulada “La guerra del sur”, se centra en las transformaciones que sufrió el mundo mapuche a raíz del contacto con el acero español. Argumenta que el impacto de la conquista se tradujo en una desaparición paulatina de la sociedad ribereña, puesto que los mapuches se habrían visto en la desesperada obligación de reducir sus sembrados ante el peligro de las campeadas, lo que en última instancia conllevó a un creciente proceso de desentarrización, hecho que se vio potenciado con la incorporación del caballo, el cual permitió dinamizar el patrón de asentamiento indígena. Sin embargo, nuevamente creemos que Bengoa cae en el vicio de la exageración, pues el sistema agrícolico prehispánico de la roza obligaba, ante el agotamiento de los suelos, a mantener un patrón de movilidad constante de los grupos parentales al interior de su propio territorio. Lo que es más, son incontables los testimonios que aluden a la facilidad con que los mapuches levantaban sus *rukas* y lo estéril que resultaba destruirlas en las campeadas, dado que su construcción exigía una escasa inversión de tiempo y recursos, hecho que se funda en la movilidad que caracterizó al patrón de asentamiento previo a la conquista.

Una propuesta aparentemente novedosa es la transformación que habría sufrido la naturaleza del conflicto interétnico a lo largo del tiempo. En sus comienzos, José Bengoa indica que la guerra indígena estuvo investida de un carácter “ritual”: desde la junta de convocación (*cahuín*) hasta el final de la lucha, el ejercicio bélico estaba matizado por una serie de ritos en los que se buscaba confabular al mundo sobrenatural, el de los ancestros, con el universo telúrico. La violencia desplegada no era más que el medio por el que se buscaba resarcir el agravio recibido, el vehículo que permitiría retrotraer las cosas al equilibrio previo. Todo esto operaba en un escenario en el que la paz y la guerra eran dos polos en los que se transitaba alternadamente. Sin embargo, con el arribo de los hombres de la espada y la cruz el primer siglo de contacto estuvo impregnado por la marca del conflicto constante: el autor afirma que la lucha prácticamente ininterrumpida fue el motor que permitió el origen de los mapuches especializados en la práctica bélica, y que ya desde las últimas décadas del siglo XVI dichos “señores de la guerra” comenzaron a transformar su jefatura en permanente. Ahora, la guerra se convierte en un medio para alcanzar prestigio, en una sociedad basada sustancialmente en la simetría de sus

unidades sociales. Nos dice el antropólogo que como consecuencia de esto “comienza un proceso de cambio que denominaremos de secularización de la guerra, ya que esta actividad se desliga parcialmente de sus aspectos puramente rituales y religiosos y comienza poco a poco a entrar en la lógica militar del enemigo” (p. 249): ahora el fin era lograr el exterminio del rival. Transformaciones como esta son un aspecto destacado del libro de Bengoa, pues resalta la rearticulación y adaptación constante que habría sufrido la sociedad indígena en pro de la resistencia. Sin embargo, creemos que esta propuesta carece de originalidad pues autores como Leonardo León vienen pregonándola en sus trabajos desde hace más de una década, si bien centrandó su análisis en etapas más tardías. Además, en el punto de la concepción de la guerra debemos señalar que la aniquilación de los indígenas nunca fue un fin deseado, más aun si consideramos que gran parte de la estructura económica del período se fundaba en el sistema de encomiendas.

Finalmente, la tercera sección titulada “De la liberación a la paz”, nos habla de las consecuencias del alzamiento general de 1598 y de las bases que comenzaron a consolidar la constitución del mundo fronterizo, de entre las cuales la implementación del sistema de los Parlamentos fue uno de los hechos más destacados. Para ser justos, no es más que una síntesis de todo lo que han señalado otros investigadores centrados en la temática mapuche de este período (Sergio Villalobos es indudablemente una de las figuras más representativas), sin aportar mayores elementos de análisis.

Para terminar, cabe indicar que se extraña la inclusión de una bibliografía que permita dar cuenta de las obras utilizadas en la construcción de este trabajo. A pesar de esta carencia, queda la impresión de que, intencionadamente o no, se dejaron de consultar numerosos trabajos de diversos autores que han contribuido a la reconstrucción histórica de los días de la conquista. La falta de este formalismo queda paradójicamente en evidencia en la última página del texto (p. 518), donde en la cita número 33 extrañamente se incluye la frase “ver bibliografía”.

En suma, estamos frente a una obra que invita a la reflexión y al debate, en la que sin negar el aporte que el autor hace para el conocimiento de la temprana realidad del contacto, no son ajenas la crítica y el cuestionamiento a algunas de sus interpretaciones.

FRANCIS GOICOVICH VIDELA
Universidad de Chile

EDUARDO CAVIERES F., *Servir al soberano sin detrimento del vasallo. El comercio hispano colonial y el sector mercantil de Santiago de Chile en el siglo XVIII*, Ediciones Universitarias de Valparaíso de la Universidad Católica de Valparaíso, 2003, 292, pp.

La primera reflexión que la lectura de esta obra sugiere es que la misma está íntimamente relacionada con otro libro del autor como lo es *El comercio chileno en la economía mundo colonial*, aparecido en 1996. Entonces, y en la presentación del mismo, Cavieres afirmaba: “en realidad, no lo considero como un libro que contien-

ga una historia delimitada, completamente elaborada, mucho menos acabada. Es más bien un esfuerzo por considerar varios elementos de análisis y conjugar perspectivas diferentes... En definitiva, es un conjunto de reflexiones surgidas de la investigación más que de la exposición acabada de los resultados de dicha investigación que, en vez de terminar, podría decirse que recién comienza". La relación es pertinente, considerando no solo los conceptos del autor, en especial el contenido y los problemas abordados en ambas obras.

En 1996 Cavieres se preocupó especialmente del comercio chileno en el contexto de la economía colonial y la economía del mundo en general, siguiendo los planteamientos de Immanuel Wallerstein. Lo anterior implicó analizar los problemas del intercambio comercial chileno colonial en el conjunto del Imperio Español, en el marco de las redes mercantiles existentes y teniendo como antecedente las reformas económicas del siglo XVIII. Temas como los de la circulación y producción de bienes, las formas y carácter del capital comercial, las características del sistema económico, la trama de intercambios que conforman el mercado interno y el conjunto de articulaciones existentes en el mundo colonial, atrajeron la atención del autor, en un planteamiento que buscaba hacer historia colonial desde la perspectiva de la historia económica y social, pero también desde la historia regional, a través del análisis de las elites locales, las estrategias de control social, el papel de los sectores mercantiles y las rupturas y permanencias existentes en la sociedad colonial. Aprovechando lo adelantado por autores como Ruggiero Romano, Sergio Villalobos, Marcello Carmagnani, Rolando Mellafe, Alvaro Jara, Armando de Ramón y José Manuel Larraín, Eduardo Cavieres nos mostraba en 1996 que los problemas que lo ocupaban se proyectaban más allá de la época en que él los identificaba y analizaba.

Su nuevo libro obviamente se inserta en los problema planteados, es probablemente la versión final, la culminación de muchos años de investigación y reflexión que, ahora, se presentan más analíticamente que en sus trabajos anteriores. Muestra de la madurez alcanzada por uno de los principales colonialistas de nuestro país.

Si en 1996 Cavieres se ocupó especialmente de la inserción de Chile en "la economía mundo" a través del Imperio Español, abordando los problemas historiográficos y metodológicos que ello implicaba, trazando las principales líneas, características, contenidos y formas de este comercio y sus agentes, en *Servir al soberano sin detrimento del vasallo*, junto con profundizar en ellos, muestra ángulos inéditos, ejemplifica con nuevos casos y discute con otros autores.

Ahora, a partir de lo local, del funcionamiento concreto del comercio, Cavieres comprende el sistema que representa la economía colonial desde el ángulo del comercio chileno, valorando las economías regionales y ponderando la perspectiva local. En su nueva obra trata principalmente de las características y formas de la acción mercantil del sector comercial chileno del siglo XVIII. Ahí están los sujetos y sus actividades, sus productos, el funcionamiento del comercio, los circuitos comerciales y sus formas, los agentes y sus métodos, los instrumentos, las formas y usos de los contratos, los tipos de crédito. También las redes y circuitos comerciales, las estrategias de sobrevivencia y adaptación de los agentes económicos, sus intereses sociales y políticos, sus instituciones y actividades. Especial atención presta el autor al matrimonio, la educación, la herencia y las redes familiares, en

tanto medios en manos de las elites para su consolidación en la sociedad colonial. Sin duda uno de los aportes principales de una obra que, en muchos otros aspectos, sigue lo ya investigado y escrito por el autor en 1996.

Gracias a su oficio, Cavieres muestra también las limitaciones y potencialidades de las fuentes, que aunque parciales e incompletas, como en el caso de las que dan cuenta del movimiento marítimo y la actividad portuaria, de todas formas sirven para reconstruir patrones de comercio que explican la realidad económica colonial. El uso de correspondencia para analizar e interpretar las actividades del sector mercantil, representa para nosotros otro acierto metodológico. Valorable resulta también que Cavieres advierta sobre las carencias que todavía es posible registrar cuando se estudian estos temas; entre ellas, las relativas a las rutas comerciales coloniales, las formas de representación, los montos de dinero extraídos, las relaciones y vinculaciones comerciales entre los agentes y las características y formas que asumen las importaciones de productos como el algodón.

Pero la lectura de esta obra no solo permite comprender mejor el funcionamiento del comercio colonial, también ofrece ideas estimulantes a propósito del estudio del sector mercantil. En primer lugar muestra el fenómeno de concentración de la riqueza, tan característico de nuestra sociedad. También la inclinación al lujo y al consumo superfluo, así como a la ostentación de que hacía gala nuestra elite colonial. Más trascendente todavía, Cavieres identifica el doble estándar de la aristocracia mercantil, la cual mantenía relaciones señoriales tratándose de la vida económica interior, y muy modernas o capitalistas, en sus vinculaciones con el exterior. Sin duda conclusiones fundamentales para entender nuestra evolución posterior, en especial cuando se tratan de explicar las crisis que históricamente han sucedido a los periodos de expansión económica.

RAFAEL SAGREDO BAEZA

Pontificia Universidad Católica de Chile

EDUARDO DEVÉS VALDÉS. *El pensamiento latinoamericano en el siglo XX. Tomo II. Desde la CEPAL al neoliberalismo (1950-1990)*. Editorial Biblos-Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, Santiago, 2003.

Con este tomo, Eduardo Devés completa su historia del pensamiento latinoamericano en el siglo XX abarcando la segunda mitad del siglo que se abre con las teorías del desarrollo de la Cepal y culmina con el apogeo de la teoría económica neoliberal. El libro sigue en una secuencia histórica el modo en que aparecen las distintas corrientes o escuelas de pensamiento, pero también se ordena en torno al vaivén que se produce entre las tradición “ensayística” y la tradición “científica” característica del pensamiento latinoamericano. El punto de partida es la irrupción de la ciencia económica de los cincuenta, asociada a las teorías del desarrollo de la Cepal (con Raúl Prebisch en la primera línea) y la aparición concomitante de una sociología de la modernización (esta vez con Gino Germani como el autor más significativo), en ambos casos inspirados por la figura tutelar de J. Medina Echavarría. El libro es

siempre escrupuloso en destacar autores menores en cada corriente y en dar cuenta del amplio abanico de temas y preocupaciones que surgen en distintas partes del continente, de modo especial en el área del Caribe que permanece largamente desconocida para el pensamiento continental. En el contrapunto de las ciencias sociales y de su ruptura epistemológica se muestra la vitalidad que conserva la tradición ensayística en los cincuenta con una mirada de autores que vuelven a plantear el problema de la conciencia latinoamericana: de esta época data “El Laberinto de la Soledad” de Octavio Paz, cuya importancia y vigencia resulta, a mi juicio, algo desmerecida, sobre todo en relación con la relevancia que se atribuye constantemente a Leopoldo Zea. El capítulo dedicado a las propuestas integracionistas con la figura destacada de Felipe Herrera tiene un interés puramente documental.

La década del sesenta está registrada con la misma minuciosidad que se debe celebrar en todo el libro. En su conjunto es un viaje al desvarío intelectual que se abre con la teoría de la dependencia cuya obra más sensata es “Dependencia y Desarrollo en América Latina” de F.H. Cardoso y E. Faletto que está justamente relevada en el libro. Por lo demás, el dependentismo tuvo una importancia ideológica y política que sella definitivamente la ruptura entre la economía (que desde entonces comienza a constituirse desde un fundamento liberal) y la sociología (que se pliega y confunde con la crítica del positivismo científico y la recepción de las teorías críticas generalmente de inspiración neomarxista). Fue una réplica de la “querrela epistemológica” alemana que tuvo una expresión latinoamericana sobresaliente en el marxismo de Franz Hinkelammert a quien tal vez debió mencionarse, entre otras cosas, por sus aportes a la teoría del subdesarrollo. El capítulo dedicado a los pensadores de la “liberación” reconoce a sus figuras centrales: la pedagogía de Paulo Freire (radicalizada en la teoría de la desescolarización de Iván Illich), la teología de la liberación de Gustavo Gutiérrez (radicalizada todavía por la teología del cautiverio de Boff o la teología de la revolución de Comblin), algo sobre el liberacionismo político de Guevara (entre los que hubiera mencionado a Régis Debray) y la llamada “filosofía de la liberación” del grupo argentino que culmina en las aventuras filosóficas de E. Dussel, A. Roig o R. Kusch. En su conjunto es un pensamiento extraño y bizarro y por esto mismo interesante como materia de estudio: todos ellos se sitúan al margen del canon de la formación académica, incluyendo a los dependentistas cuya formación económica estaba en ciernes, y producen un pensamiento que podría calificarse de “primitivista”, sumario y radical. En muchos sentidos es la reflexión del “buen salvaje”. Son todos autores de época que piensan en mundo que carece de economía monetaria, de escuela, de universidad o de iglesia. ¿Quién podría plantear razonablemente hoy día la desmonetarización de la economía? ¿O la desescolarización de la sociedad? ¿O la refundación de la Iglesia a través de las “comunidades de base”? Aunque parezca curioso, este fue efectivamente el mundo de la marginalidad latinoamericana, del “pueblo”, desde el que se pensó en los sesenta: los umbrales de integración económica y social eran demasiado bajos y las oportunidades de desinstitucionalizar la sociedad estuvieron a la mano. En este mundo inestable, cuando los bordes o la periferia representaban la totalidad, se pudo imaginar un mundo sin instituciones, sin dinero ni escuelas ni iglesias: un mundo que prontamente hubiera quedado a merced del poder revolu-

cionario del Estado como muchos descubrieron después con el renacimiento intelectual del liberalismo económico y político de los ochenta. El ensayo sesentista, por su parte, pierde su línea de continuidad histórica y se asocia con la autocomprensión de las grandes obras del “boom literario” latinoamericano”: por esto mismo sus principales fuentes son Carpentier, Fuentes, Cortázar o Arguedas, refrendados por el ensayismo de O. Paz y M. Traba que versan justamente sobre el arte. Desde el boom, en efecto, la identidad latinoamericana se encuentra sobre todo en la expresión más que en la acción y en el lenguaje más que en la historia. Este giro en el ensayismo latinoamericano está bien documentado en el libro.

El pensamiento postsesentista completa la obra de E. Devés: el impacto de la derrota de Allende es el momento crucial que explica el renacimiento del pensamiento de derecha, asociado sobre todo al neoliberalismo económico chileno (que encuentra, sin embargo, soportes intelectuales en Vargas Llosa y en la crítica del “ogro filantrópico” de O. Paz) y la renovación intelectual del pensamiento de izquierda muy vinculado con el apogeo de la sociología política (en desmedro de la sociología económica de sello estructuralista que se cultivó en los sesenta) y con la teoría de la democracia (en contraste con la teoría del desarrollo de otrora). En un capítulo intermedio se revisa el pensamiento geopolítico latinoamericano (desde algunos teóricos de la seguridad nacional hasta defensores de los derechos humanos representados por Pérez Esquivel o de la desnuclearización en García Robles): salvo Methol Ferré, cuyas ideas sobre el resurgimiento religioso y el antiimperialismo cultural de América Latina pueden merecer mayor atención, los demás autores despiertan poco interés. Todo esto es historia más reciente donde las líneas de la tradición ensayística se pierden y difuminan con la reinstitucionalización de las ciencias sociales y el retorno del proyecto modernizador que abrió el período. En su conjunto, el libro de E. Devés es un trabajo detallado y excelentemente documentado sobre la historia del pensamiento latinoamericano del último medio siglo. Hubiera reemplazado el anexo fotográfico por un diagrama de las obras principales que se produjeron en el período y una presentación bibliográfica más sistemática. Siempre se podrá discutir la relevancia que se atribuye a unos autores que merecen un párrafo aparte respecto de otros que solo están mencionados al pasar y en la feria de las vanidades el libro podrá ser objeto de algunos reproches. Pero se trata de una obra escrupulosa y equilibrada, que aunque toma pocos riesgos en la interpretación, realiza un trabajo serio y esmerado. Respecto del fondo, el libro deja claramente la impresión de que lo que América Latina hizo en la literatura —producir algo propio de alcance universal— no lo ha hecho ciertamente en el plano del pensamiento.

EDUARDO VALENZUELA CARVALLO
Pontificia Universidad Católica de Chile

ARMANDO DE RAMÓN. *Historia de Chile. Desde la invasión incaica hasta nuestros días (1500-2000)*, Santiago, Catalonia Ltda., 2003, 316 págs.

Son muchas y voluminosas las obras que se han escrito sobre la historia general de Chile, como el mismo autor Armando de Ramón lo señala. Su propuesta, en cambio, es la de ofrecer un ensayo de síntesis, privilegiando aquellos aspectos que, como él indica, “no siempre se tocan en los trabajos históricos corrientes” y obviando o dando menor extensión a otros por haber sido suficientemente estudiados. Su perspectiva de análisis es la de una interpretación en la que los grupos sociales adquieren un alto protagonismo, principalmente aquellos que han detentado el poder o bien han logrado alcanzarlo o, al menos, compartirlo.

Esta historia recorre todos los siglos, pero en la estructura de la obra se concede un mayor espacio al siglo XX que conforma más de la mitad del texto, lo que se debe, a nuestro juicio, a dos razones: por una parte, a que la historiografía nacional le ha dedicado menos atención en relación con otras etapas, siendo su estudio abordado preferentemente por otras disciplinas sociales, como la economía y la sociología; por otra parte, esta opción se enlaza con una tendencia historiográfica que se abre paso con fuerza: la llamada historia actual o historia del tiempo reciente.

Por razones de espacio limitaremos esta presentación a los siglos XIX y XX. Nos parece un acierto diferenciar el Chile republicano en términos de proyectos de sectores sociales. En el XIX y primeras décadas del XX, el proyecto histórico de la oligarquía; y desde 1920 el de los sectores medios. En cuanto al concepto de *oligarquía*, señala que, como es sabido, se refiere a “un régimen político y social que implica el control riguroso del poder político por parte de una minoría que posee también el poder económico”. Recoge algunas características oligárquicas planteadas por el sociólogo argentino Waldo Ansaldi, entre ellas, una base social angosta; reclutamiento cerrado de los que se nombran para desempeñar las funciones de gobierno; exclusión de los disidentes o de la oposición; mecanismos de lealtades familiares o grupales, para señalar algunas. En la interpretación de De Ramón, en Chile puede hablarse de oligarquía a partir de la tercera década del XIX; ella fue variando en el transcurso del siglo, incorporándose hombres de nuevas fortunas que no correspondían a familias tradicionales, como los comerciantes extranjeros, comerciantes criollos y mineros enriquecidos. Ellos se unieron en estrecha alianza con la antigua elite santiaguina, marcando “el ritmo de la historia chilena por su influencia y poder, constituyendo, pues, una oligarquía en el pleno sentido de su definición antes transcripta”.

El programa oligárquico consultó, en primer lugar, la estructuración del Estado bajo un orden constitucional. La Constitución de 1833 fue aprobada por una Convención compuesta por 16 diputados en ejercicio y 20 hombres probos e ilustrados, que siguieron básicamente las ideas propuestas por Mariano Egaña. Es decir, la Constitución fue claramente un producto oligárquico, que excluyó de la participación política a la inmensa mayoría de los habitantes del país.

Por cierto en el tema de la construcción estatal no podía soslayarse la figura de Portales, cuyas ideas, de acuerdo a la historiografía tradicional, habían dado forma

a la denominada “época portaliana”. De Ramón plantea que los postulados del Ministro no conformaron una ideología propiamente tal, sino ideas generales, “casi reflexiones de sobremesa”. Tal “ideología” estaría sintetizada en la famosa carta de Portales a su socio Cea, en que expresó el absurdo de pretender establecer la democracia en los países de la América hispana donde abundaban los vicios y no las virtudes; las necesidades del momento imponían, en cambio, “un gobierno fuerte, centralizador, cuyos hombres sean verdaderos modelos de virtud y patriotismo”. La concepción del régimen portaliano para De Ramón se articula en función de acciones operativas, destacando en ellas “la formación de un equipo de hombres muy capaces que actuaron en la política chilena hasta mucho después de muerto el ministro y que disfrutaron y ejercieron una gran influencia personal completando su obra”. Entre ellos figuraron Andrés Bello, Domingo Faustino Sarmiento, los chilenos Manuel Rengifo, Mariano Egaña, Joaquín Tocornal y en la generación siguiente Manuel Montt y Antonio Varas. Esta idea de un grupo selecto puede asociarse a aquellos hombres virtuosos a que aludió el Ministro.

Otro acierto de la síntesis histórica *in comento*, es la utilización del método comparativo en el análisis de los procesos, conforme al planteamiento de que no es posible entender a Chile, sin revisar lo que ocurre y ha ocurrido en otros países de América, como los inmediatos vecinos. En el caso argentino el ideario de Juan Bautista Alberdi fue influenciado por la ordenación política alcanzada en el Chile conservador; no es pues una simple coincidencia que Alberdi haya escrito y publicado en Chile su conocida obra sobre la organización política de la República Argentina (1852). Valorizó la solución política chilena como la única racional en repúblicas que poco antes habían estado bajo un régimen monárquico.

La obra de la oligarquía chilena que coincide en varios puntos con el programa alberdiano, se sintetiza, aparte de la estructuración estatal, en la articulación del valle central, en la cual el trazado de vías férreas y la habilitación de puertos fueron fundamentales para las exportaciones de trigo y harina; y en la ocupación efectiva del territorio con el establecimiento en el estrecho de Magallanes; la colonización con familias alemanas en los territorios de Valdivia, Osorno y Llanquihue; y la ocupación de la Araucanía, mal llamada “pacificación”, concorde con la también mal denominada “conquista del desierto” en la Argentina.

La incorporación de las provincias salitreras marcó la culminación de la obra expansionista del proyecto oligárquico, pero dentro de este proyecto la crisis terminal del Estado portaliano se produjo antes, con la guerra civil de 1891. De Ramón cita las interpretaciones de diversos historiadores sobre el conflicto, destacando la de Alfredo Jocelyn-Holt, para quien la propuesta de Balmaceda era la de un cambio desde arriba, programado y controlado, sin que ello amenazara la hegemonía de la elite. No obstante, esta no quería cambios, aunque estos no significaran poner en riesgo su dominio excluyente. La experiencia histórica, acota De Ramón, demuestra que la derecha chilena teme a la modernización, a los cambios. Identificado con el progresismo balmacedista, sugiere que de haber tenido éxito ese gobierno “habría permitido un nuevo ciclo de crecimiento cultural, social e incluso económico”.

Finalizada la guerra civil la oligarquía mantuvo y aun acrecentó su predominio excluyente por treinta años, sin que en esos años, como tampoco durante todo su

proyecto, desarrollara una política que atendiera a los problemas sociales (“La verdad es que la oligarquía chilena nunca tuvo una política social estructurada como para dar una solución a los graves problemas que sufría la población pobre del país”). Ya a fines del XIX se denotaban síntomas de su decadencia, manifestados en un estilo de vida trivial, en que predominaba la conversación intrascendente, los rumores y escándalos, las juergas, las largas y dispendiosas estadías en Europa, sobre todo en París, y la corrupción acicateada por la necesidad de procurarse recursos para sostener el rango.

En el extremo opuesto estaban los excluidos y despreciados, motejados despectivamente por la clase alta: “la lepra inmensa de los barrios pobres”, “aquella indescriptible cloaca”. De los sectores populares surgió la inquietud y la amenaza; los trabajadores habían empezado a organizarse para dar sus luchas reivindicativas, cuya mayor expresión en el XIX fue la primera huelga general estallada en 1890 y que abarcó desde Iquique hasta Concepción; siguieron otros movimientos huelguísticos, todos ellos de carácter reivindicativo, que fueron violentamente reprimidos. La matanza de la Escuela Santa María de Iquique se yergue como paradigma de los intentos de reivindicación y de la represión. Los obreros volvieron a la pampa dejando un número crecido de muertos y haciendo vacilar al movimiento sindical.

Pero superadas las vacilaciones, recobró fuerza la organización del proletariado que, junto con el surgimiento y desarrollo de la clase media al amparo del crecimiento del Estado, demostraban que el proyecto oligárquico excluyente no era sostenible. El desprecio elitario, recurrente en nuestra historia como se aprecia en las páginas de este libro, se expresó en contra de la clase media rebelde que cuestionó el dominio de la oligarquía y su capacidad para dirigir el país. Eran para la elite los “advenedizos”, los hombres “sin lastre histórico”. Entre ellos el propio Arturo Alessandri, no obstante su extensa trayectoria política, pero era el adversario que había que detener y destruir en la elección presidencial de 1920, más aún, cuando había anticipado que quería ser una amenaza “para los espíritus reaccionarios, para los que resisten toda reforma justa y necesaria” y se proponía realizar un programa de reformas sociales en beneficio de la clase trabajadora. El patriciado fue derrotado en aquella elección presidencial, sin embargo la oposición parlamentaria consiguió impedir que se aprobaran los proyectos de leyes sociales; como sabemos tuvo que mediar la intervención de militares progresistas para que se despachara un conjunto de leyes de esa índole.

Estos son antecedentes de lo que De Ramón denomina el Proyecto de las clases medias, cuyo comienzo lo sitúa en 1938 con el triunfo del Frente Popular. Los hombres que gobernaron Chile a partir de entonces, lograron la democratización del país e implantar un nuevo modelo económico en que el Estado asumió el papel protagónico. En la entusiasta interpretación del autor, en “el período 1938-1973 existió en el país una verdadera república donde las libertades, pero al mismo tiempo el respeto a los derechos de las personas, pasaron a ser una realidad sentida y ejercida por todos los sectores del país. Muchos pensamos que esta etapa constituye el período histórico que, aunque teniendo muchos defectos y carencias, estuvo más cerca de la definición clásica de ‘república’, es decir, la forma de gobierno de los pueblos emanada de la plena participación popular, supremo ideal de todos los tiempos”.

En el plano económico surgió el Estado empresario, que desarrolló una intensa labor a través de la CORFO, modernizando al Chile tradicional con la electrificación y la creación de empresas estatales en sectores industriales básicos, entre otras realizaciones. La valoración de la obra del Estado empresario se manifiesta sin ambages: “eso es lo que constituye la obra inmensa realizada durante más de cuarenta años y sin la cual las nuevas orientaciones económicas establecidas desde la década de 1970 no habrían podido tener éxito”. A pesar de los logros, subsistieron, se agudizaron y surgieron problemas que limitaron los alcances de la labor realizada: los grupos más modestos quedaron marginados de los beneficios del desarrollo industrial; la inflación se hizo crónica llegando en algunos años a porcentajes muy elevados; aunque el esquema de crecimiento económico era “hacia adentro”, la economía chilena continuó sosteniéndose básicamente en las exportaciones mineras; siguiendo a Aníbal Pinto Santa Cruz, la clase media chilena no se transformó en una nueva burguesía, porque no obstante la conquista del poder político este no la catapultó “para fomentar y robustecer sus bases económicas”.

De manera que se requerían cambios más profundos en procura de transformar la estructura social del país. Eduardo Frei M. y la Democracia Cristiana, con la “revolución en libertad”, iniciaron la reforma agraria y el rescate de la riqueza básica del país, el cobre. La primera fue precedida por un débil intento reformista en el agro efectuado por Jorge Alessandri, a impulsos de la nueva política de la Alianza para el Progreso del gobierno de Estados Unidos. Frei dictó una nueva ley de reforma agraria en 1967, en virtud de la cual los propietarios podían conservar una superficie hasta de 80 hectáreas, el resto era expropiable. Se dio comienzo, además, al proceso masivo de sindicalización campesina, largo tiempo postergado. Frei se proponía incrementar la producción agrícola y hacer 100.000 nuevos propietarios bajo el régimen de asentamientos o cooperativas de pequeños propietarios; al final de su mandato se alcanzó solo la tercera parte de esa cantidad. En cuanto al cobre, el gobierno de la Democracia Cristiana llevó a cabo la llamada “chilenización” del mineral, que consistió en la adquisición por parte del Estado del 51% de las acciones de las grandes minas pertenecientes a consorcios estadounidenses.

En la estructura de la obra se incluye a la Unidad Popular como el capítulo final de la “República mesocrática”. Quizás si hubiera sido pertinente ubicar este período, por corto que haya sido, como una etapa aparte, puesto que no se trató de un proyecto reformista, sino revolucionario, la “vía chilena al socialismo”, aunque esta tuviera características muy particulares que la diferenciaban de las revoluciones efectuadas por la vía armada. El propio autor enfatiza el carácter revolucionario de esa experiencia: “Lo único revolucionario era el proyecto político de la Unidad Popular y precisamente por eso se acarreó las iras del Pentágono y del gobierno de Estados Unidos”. Las reformas comenzadas por Frei fueron intensificadas en el gobierno de Allende. En el proceso de la reforma agraria se aceleró el ritmo de las expropiaciones; y en el cobre, con el apoyo unánime del Congreso, se reemplazó la “chilenización” por la completa nacionalización, en la cual el gobierno, de acuerdo al criterio de las “ganancias excesivas”, determinó que no correspondía pagar indemnizaciones a las compañías norteamericanas, lo que acentuó

aún más las iras de Estados Unidos, que se habían despertado en contra de Allende ya desde antes que triunfara en las urnas.

En las empresas, el programa de la Unidad Popular consultaba tres áreas: la estatal, que incluía las que ya eran del Estado y las que se expropiarían o intervenirían; el área mixta conformada por capitales del Estado y de particulares; y el área privada compuesta por empresas medianas y pequeñas. Solo en el primer año de gobierno pasaron al área estatal 167 empresas, en un claro proceso de traspaso de los medios de producción al Estado. En la banca, mediante la adquisición de acciones, se logró controlar 11 bancos nacionales de un total de 23 que, incluido el Banco del Estado, permitió el control directo de cerca del 90% del total de las colocaciones. A la nacionalización del cobre se sumaron las del hierro, salitre y carbón. La vía chilena avanzaba con rapidez, solo en dos años se habían alcanzado las metas propuestas para seis.

Es sabido que en el primer año de gobierno de la Unidad Popular el balance fue satisfactorio, logrando reducirse incluso el nivel de la inflación y aumentar significativamente el PGB y los salarios reales. Pero pronto aparecieron la escasez, el desabastecimiento, el mercado negro, los desequilibrios, la creciente inflacionaria, que contribuirían al colapso económico. De Ramón plantea un criterio distinto en el juicio a la conducción económica, en el sentido de que la crítica a esta no puede hacerse en relación a la eficiencia, al orden y a la normalidad en el uso de los mecanismos ejercidos por la autoridad como correspondería a un gobierno continuista, en cambio – afirma – en un gobierno revolucionario lo que vale es la rapidez en alcanzar los cambios profundos propuestos y, como hemos visto, esos cambios tuvieron un ritmo mayor al esperado. Pero ello, obviamente, hirió dramáticamente los intereses de los sectores patronales y empresariales y del capital extranjero. Sin embargo, en las elecciones parlamentarias de marzo de 1973, la Unidad Popular obtuvo todavía el 44% de los votos, a pesar del agudizamiento de los problemas económicos. No obstante, ello no era suficiente para sostener al gobierno, frente a la resuelta decisión de los gremios empresariales de derrocar a Allende, decisión compartida y apoyada por el gobierno de los Estados Unidos. Tampoco la incorporación de militares al gabinete fue una medida eficaz para frenar una determinación ya tomada.

La larga huelga de los trabajadores de El Teniente, iniciada en abril de 1973; un segundo paro de los transportistas que comenzó en el mes de julio, al que se plegaron otros gremios empresariales y profesionales y federaciones estudiantiles; la acusación de ilegalidad del gobierno hecha por la Cámara de Diputados; y, sumado a todo ello el apoyo económico y de inteligencia (CIA) del gobierno de Estados Unidos con el propósito de paralizar el país, demostraban que la “vía chilena” al socialismo estaba en sus últimos días. Pero el fracaso de esta experiencia no se debió solo a la acción de la oposición interna y externa enardecidas. Factor muy importante fue también la disensión al interior de la Unidad Popular, con un sector moderado liderado por el Partido Comunista, y otro sector radicalizado conformado principalmente por socialistas, encabezado por el Secretario General de ese partido, Carlos Altamirano.

No podía sorprender que se produjera el golpe militar. Lo que sí asombró fue que la dictadura se prolongara por tanto tiempo (casi 17 años) y que la represión

fuese tan cruenta. Para De Ramón estos fueron los *Años Negros* de nuestra historia republicana. Una experiencia inédita en que el imperio de la ley quedó sujeto a los arbitrios del régimen apoyado en su omnímodo poder y que contó, además, con la obsecuencia (“aplauzo” lo llama De Ramón) del Poder Judicial. Fue una aplanadora que arrasó con los partidos políticos y los sindicatos e intervino las universidades anulando su autonomía por medio de los rectores delegados, cuya designación no se debió a razones del intelecto, sino se optó por oficiales disciplinados y algunos adherentes civiles. Otro rasgo de esta experiencia inédita fue la falta de plazos para la tarea que asumían los militares, bajo la consigna de que lo importante eran las metas y no los plazos.

Los juicios del autor sobre el régimen encabezado por Pinochet son fuertes y decididos: “una arbitrariedad que causa asombro y espanto”, “una dictadura que demostró una ferocidad terrible hacia todos los que creía sus enemigos”. Describe una *Antología del horror* expresado en asesinatos, desapariciones y torturas (problemas aún no resueltos por la sociedad chilena), con casos tristemente paradigmáticos como “la Caravana de la Muerte”, la creación de la DINA, los crímenes y atentados perpetrados en el extranjero. En la imposibilidad de encontrar una explicación racional a tanta violencia, “solo parece quedar como argumento la necesidad de producir terror colectivo en la población o de generar un miedo absoluto en el país para permitir al gobierno castrense gobernar con la mayor tranquilidad posible”.

Ha sido generalmente destacada como logro del régimen militar la nueva política económica implementada por el grupo de economistas denominados los “Chicago boys”, a la que el autor dedica pocas páginas, no dejando de reparar en los costos sociales de tal política, especialmente el alto nivel del desempleo. Pone de relieve, en cambio, el papel que cupo a la Iglesia Católica en la defensa de los derechos humanos y el largo camino para llegar al plebiscito de 1988, incluidas las protestas populares y los acuerdos políticos de la oposición democrática, que contribuirían al fin de la dictadura.

La obra se cierra con un Epílogo referido a los años de la Concertación de los Partidos por la Democracia, entre 1990-2000. No fue fácil para la nueva coalición política el ejercicio del mando frente a los militares acostumbrados ya a detentarlo. Las demostraciones militares, llamadas “Ejercicio de Enlace” y “Boinazo”, realizadas para detener las investigaciones sobre negocios ilícitos de familiares directos del general Pinochet, evidenciaban la fragilidad de la nueva democracia. En un plano global ella se vio (y se ve) limitada por la persistencia de la Constitución de 1980 (que De Ramón analiza bajo el paréntesis de *el surrealismo en política*), que dejó amarres autoritarios, como son, entre otros, la creación y atribuciones del Consejo de Seguridad Nacional (COSENA), en cuya composición hay mayoría militar; y la inamovilidad de los comandantes en jefe de las Fuerzas Armadas.

Pese a todo ello y a la existencia de problemas no resueltos, a que aludimos, la Concertación ha logrado ir consolidando el proceso democrático. Los juicios del autor rebosan entusiasmo: “También ha sido un fenómeno nuevo en Chile la creación, existencia y mantenimiento en el poder de una combinación política tan exitosa como la Concertación, raro ejemplo político chileno en doscientos años”. El éxito se advierte en las políticas económicas elaboradas y manejadas con pru-

dencia, evitando medidas populistas y reconociendo, a la vez, “la deuda social” en materias como salud y educación, en las que se optó por “un enfoque gradualista” con una expansión responsable del gasto fiscal, con el propósito de no provocar inflación. Esta logró rebajarse a nivel de un dígito; el valor de las exportaciones se duplicó entre 1990 y 1997 y el número de pobres bajó substantivamente. Persiste sí la desigualdad en el ingreso; en este problema Chile tiene uno de los peores registros en todo América Latina, siendo superado solo por Brasil y estando a la par de Guatemala.

Con todo, el mayor éxito de la Concertación ha sido la restauración del antiguo sistema democrático chileno, tradición interrumpida por la dictadura que se mantenía latente en el pueblo chileno. El largo recorrido que Armando de Ramón hace por la historia de Chile, finaliza con la satisfacción de asistir al retorno a la democracia, a la apertura de un nuevo ciclo promisorio y esperanzador para el país.

Por cierto, hacer una síntesis de la historia del país en 300 páginas no es una tarea fácil. Creemos que De Ramón lo ha logrado. No una síntesis de carácter fáctico, en que se describan los hechos y procesos que han sido considerados más relevantes, sino una síntesis interpretativa, en que a cada paso aparece el juicio valorativo del autor. Esta obra no pretende atenerse a la llamada “objetividad”, relatar de modo insípido los hechos tal como fueron, que ya sabemos ha sido desechada por la actual historiografía. Encontramos en ella, en cambio, una coherencia exegética en la perspectiva de análisis por la que ha optado el historiador, esta es la de los grupos sociales como protagonistas. En este aspecto se echa de menos el análisis en algunos casos o un mayor análisis en otros, de los sectores populares estudiados por los investigadores de la nueva historia social chilena; también los grupos étnicos originarios, los inmigrantes y la mujer. Debemos considerar sí que la opción fundamental del autor ha sido la de sintetizar primordialmente la historicidad de los grupos de poder y ciertamente los que hemos nombrado, salvo aquellos inmigrantes que llegaron a formar parte de la elite, no lo han tenido.

LEONARDO MAZZEI DE GRAZIA
Universidad de Concepción, Chile

CARLOS DONOSO ROJAS, *Aguas de Iquique desde los tiempos precolombinos hasta 1912*, Santiago, Editorial Universidad Bolivariana, Colección Estudios Regionales, 2003, 132, (2).

Carlos Donoso, actual profesor de la Universidad Bolivariana en Iquique, ha aprovechado su tiempo allí para estudiar los avatares que experimentó la provisión de agua potable en la ciudad. No obstante lo que reza el título, la mayor parte del trabajo está referida a los últimos treinta años del período estudiado y, muy especialmente, a las conflictivas relaciones entre la Tarapacá Waterworks Company y el municipio local. El énfasis se justifica plenamente, tanto porque corresponde a los “años dorados” de ese puerto como por la trascendencia de la disputa que quedó grabada en el imaginario colectivo local.

A mediados del siglo XIX Iquique era surtido con agua trasportada desde otros lugares de la costa o desde del interior y la obtenida mediante “resacadoras” o destiladoras de agua salobre. A partir de 1880 se presentaron diversos proyectos para dotar de agua potable a la cada vez más próspera ciudad. Dichas iniciativas, empero, no prosperaron, sea por falta de recursos o por la abierta o encubierta oposición de la Compañía de Aguas de Tarapacá, propiedad de John Thomas North, que operaba un servicio de transporte de agua en barcos cisterna desde Arica. En el caso de Thomas Hart quien había formado una sociedad anónima en Gran Bretaña para traer agua a Iquique desde el interior mediante una cañería, North organizó una campaña de prensa para desprestigiar a la misma, impidiendo así que fructificaran sus propósitos. Poco después que se declarara caducada la concesión a Hart, en 1888 North organizó la Tarapacá Waterworks Company, la que obtuvo permiso de la Municipalidad de Iquique para establecer un servicio de agua potable en la ciudad.

A poco andar surgieron dificultades entre las partes. El municipio y los vecinos de Iquique alegaban que el servicio era deficiente y las tarifas elevadas, más aún cuando estas se reajustaban conforme a la depreciación de la moneda. Por su parte, la compañía alegaba que las autoridades no pagaban el consumo adeudado. El autor se refiere a las sucesivas etapas y pormenores de esta agria y enredosa disputa, que incluye proyectos para establecer un servicio municipal en competencia con el privado, declaraciones de caducidad de la concesión y la intervención del gobierno de Santiago en el diferendo. Resultado de esta última fue el proyecto presentado al Congreso en 1905 para establecer un nuevo servicio de agua potable para Iquique financiado por fondos fiscales. La propuesta terminó por ser incorporada a un proyecto más amplio para la construcción de obras sanitarias en diversas ciudades de Chile, y no obstante las presiones localistas, la iniciativa quedó en el papel. Como bien decía el Ministro del Interior de la época, a lo que hace referencia el autor, Iquique ya tenía agua potable, mientras que otras ciudades no contaban aún con este elemento. La historia de estas relaciones, que iban de mal en peor, llega hasta 1912 cuando, a raíz de un proyecto de ley para la venta de terrenos salitreros se acordó destinar una parte del producto de la misma para dotar de agua potable a la ciudad de Iquique conforme a los estudios ya realizados por la Dirección de Obras Públicas. Un último capítulo está dedicado al servicio de alcantarillado y la red de cañerías contra incendio y otras medidas adoptadas para prevenir o aminorar los efectos de estos siniestros. No obstante las razones del autor, quizás habría sido conveniente prolongar el estudio hasta la década de 1920 ya que la construcción de la cañería fiscal se vio demorada por varios años, en parte por una disputa sobre derechos de aguas.

Para su investigación, Carlos Donoso ha utilizado fuentes locales y una extensa bibliografía. Es posible que las primeras hayan influido en el punto de vista del autor, quien se pone de parte de la municipalidad y los vecinos en la disputa. Con todo, su punto de vista resulta justificado; hay buenos y objetivos argumentos para criticar a al Compañía. Mal podían los iquiqueños estar contentos con el servicio de una empresa que —como dice Donoso— solo abastecía el 11 por ciento de la población de la ciudad en 1912 y cuya población tenía un consumo promedio de apenas cinco litros diarios. Más aún, hay indicios que los empresarios y residentes británicos residentes en Iquique no pensaban muy distinto de los vecinos en cuanto

a la calidad del servicio y los precios cobrados.

Sin embargo, sería interesante conocer con algún detalle los argumentos de la Compañía en la defensa de sus intereses, y sus estrategias para hacer frente al embate de sus adversarios. En un ambiente que le era manifiestamente desfavorable, no parece razonable esperar que la compañía hiciera inversiones para extender la red de agua potable, si la Municipalidad declaraba caducada su concesión. Al respecto, resulta decidir que la transacción a la que llegaron la Compañía y el Gobierno en 1905 como una forma de resolver las dificultades existentes, fuera rechazada por la municipalidad local. De hecho, sabemos que la Tarapacá Waterworks redujo su capital original de £400.000 a £340.000 en 1909 y a £240.000 en 1912, indicio manifiesto de un proceso de contracción de actividades.

Cabe agregar que, en junio de 1912, y luego del anuncio de las nuevas obras de agua potable para Iquique, la Tarapacá Waterworks Company propuso a través de la legación de Chile en Londres vender al Gobierno sus propias instalaciones, ofrecimiento que al parecer no tuvo respuesta desde Santiago. Tiempo más tarde se desató una campaña en la prensa británica contraria a las nuevas obras, alegando el mal trato que recibían los inversionistas británicos en nuestro país, la cual presentaba “una uniformidad de criterio que no puede menos que llamar la atención”. El asunto no dejaba de ser molesto para el ministro de Chile en Londres, Agustín Edwards, quien estaba empeñado en colocar nuevos empréstitos en el mercado de Londres. Enfrentada por Edwards, la Compañía negó estar detrás de esta campaña, si bien hizo presente su deseo de avanzar en su propuesta de venta¹. Esta táctica, que recuerda a la adoptada por North frente a la concesión de Hart, no podía dar los mismos resultados. No era factible oponerse en esta forma a las sentidas aspiraciones de toda una comunidad en un tiempo en que el nacionalismo económico surgía con creciente fuerza, especialmente si se toma en cuenta la mala calidad del servicio.

Con todo, el propósito del autor no es estudiar los desafíos que enfrentan las empresas de servicios públicos de propiedad extranjera, sino historiar los esfuerzos y contratiempos para dotar de agua a un puerto enclavado a la orilla de un desierto. Así entendido, el libro es un aporte a la historia regional chilena.

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN
Pontificia Universidad Católica de Chile

PABLO LACOSTE, *La imagen del otro en las relaciones de la Argentina y Chile (1534-2000)*. Instituto de Estudios Avanzados. Universidad de Santiago de Chile. Fondo de Cultura Económica. Buenos Aires, 441 págs.

Pablo Lacoste, un investigador argentino, presenta su tesis doctoral en Historia realizada bajo la guía de un académico chileno, el profesor Joaquín Fermandois.

¹ Edwards a Ministro de Relaciones Exteriores, Confidencial 54, 28-4-1914, Archivo Histórico del Ministerio de Relaciones Exteriores Vol. 500.

Esta detallada y completa investigación obtuvo el Primer Premio en la IX edición del Concurso de Investigación Casa de América, y ha sido publicada en conjunto por el Instituto de Estudios Avanzados de la Universidad de Santiago de Chile, y el Fondo de Cultura Económica de Argentina.

En una cuidada edición de 441 páginas, se presenta una investigación de la cual su autor señala: “El proyecto original de esta tesis se centraba en las relaciones entre Chile y la Argentina en el siglo XX. Pero a medida que avanzamos en el estudio del tema, se planteó la necesidad de buscar las causas de los desencuentros entre ambos países el siglo XIX y aun más allá”. Nos parece que esta afirmación no es menor, ya que abre un espacio central que invita a una discusión académica fecunda, y sobre la cual centramos esta recensión.

La obra está seria y rigurosamente presentada. En un trabajo largo, minucioso, que busca dar cuenta de las causas explicativas de una relación vecinal recíprocamente recelosa. Su autor recopila sistemáticamente y de modo concentrado en un libro, una amplia serie de antecedentes fundamentales, muchos de ellos conocidos y preexistentes, pero que corrientemente se encuentran dispersos en distintas fuentes. Sin duda que una primera contribución valiosa del trabajo en cuestión es precisamente esa.

Empero, la pregunta de fondo surge de inmediato a partir de la propia argumentación del autor: el problema del período elegido para su análisis. ¿Por qué 1534 y no seguir remontándose más atrás? En estricto rigor causal, también lo obrado en su época por la Casa de Habsburgo en el Nuevo Mundo, estuvo de suyo concatenado con el pulso de la historia de España y esta, a su vez, con la de Europa de aquellos siglos. Si bien conceptualmente válida, esa opción es historiográficamente “infinita”.

Lo señalamos en razón que el arco de tiempo que comprende el estudio, ¡cinco siglos!, es un horizonte excesivo, casi mágico, para un escenario que tiene un rasgo muy persistente, a saber: una escala territorial inmensa y un vacío histórico contundente. De algún modo, nos parece un *continente temporal-espacial objetivamente desproporcionado para su contenido*.

Curiosamente el autor, si bien de manera indirecta, creo que intuye perfectamente el punto, con muchas de sus argumentaciones. En efecto, una contribución muy lograda de su trabajo es precisamente esa aguda y lúcida distinción que hace entre *fronteras jurídicas, fronteras imaginarias y fronteras reales*, una trilogía que en rigor geopolítico no hace sino reconocer que este sustancial vacío histórico, y también la carencia de real conocimiento geográfico que señalamos antes. De ahí que esta ausencia haya tendido a ser reemplazada en los hechos por una febril *imaginación* en la relación bilateral. La movilidad constante del trazado fronterizo, incluso desde el primer momento hispánico en América, es el corolario inevitable del vacío y de la ignorancia consignada. Lacoste emplea acertadamente también la expresión del “Chile fantástico” y de la “Argentina bioceánica”, ambas son disquisiciones, tal vez no “*fantásticas*”, pero sí son hijas de la “*fantasía*”. Al ampliar el arco de tiempo analizado, se alimenta, se refuerza, precisamente aquello que el autor estima como el factor que más explica la razón de los recurrentes desencuentros entre ambos países, vale decir, aquella suerte de trasfondo llamémoslo “*ficti-*

cio". El título del capítulo 13 y final del libro es, en esta dimensión, muy sugerente: *Anacronismo y supervivencia de las tesis fundacionales*. Con todo, los planteamientos del autor son altamente estimulantes para un debate más amplio. Consignamos aquí solo algunas de las derivaciones posibles de ahondar.

Sabemos que, en geopolítica, una frontera es siempre *consecuencia* y no *causa* de diversidad. Es decir, una frontera tiene *entidad e identidad*, solo en la medida que exista realmente una diferenciación previa que ella (la frontera) precisamente delata, señala, individualiza, consigna, demarca. No se trata que ella deba tener necesariamente una expresión de geografía física como lo es en buena parte la cordillera andina entre Chile y Argentina. Toda frontera, independiente de su naturaleza, se mueve en el plano de la *realpolitik*, en el sentido de que ella es invariablemente consecuencia de la existencia real de una diferenciación, respecto a un entorno (*umland*) en el cual toda diferenciación está inserta. De ahí que "la frontierización" entre Chile y Argentina haya sido tan disputada, móvil, transhumante, porque ha sido un proceso de la imaginación, de la fantasía, una suerte de "entelequia". En lo sustantivo, el *hinterland* de ambos países han sido espacios predominantemente vacíos que se ha buscado delimitar en abstracto, en rigor, ha sido el reino en el cual se han enseñoreado conceptos propios de una *idealpolitik*.

La cordillera de los Andes es una realidad telúrica descomunal, de dimensiones planetarias. El despoblamiento casi absoluto de ella, una divisoria de las aguas que recorre el macizo a grandes alturas, una cobertura de nieves y hielos eternos, determina casi de manera absoluta que el principio del *uti possidetis* no tenga la menor vigencia en este escenario. Tanto a chilenos como argentinos, para qué decir —en su momento— del conquistador y el colonizador hispano, este escenario andino colosal les ha sido a todos hasta muy recientemente, un ámbito profundamente desconocido. En reemplazo de esta ignorancia se tejió una visión quimérica, cargada de fábulas, casi mítica y producto de genuinas alucinaciones. En ese estado de cosas, se entiende que la cordillera tuviere un carácter *mágico* en las disquisiciones.

Pensamos que Pablo Lacoste lo que finalmente logra demostrar en su tesis es, precisamente, que el decurso de la relación bilateral ha sido, en definitiva, el producto de los distintos grados de vitalidad, de la imaginación abstracta de los centros de poder metropolitanos de ambos países. Por un lado, de una Argentina que tradicionalmente, y hasta hace muy poco, ha vivido concentrada en su *vorland oceánico*, aquel que la vincula transatlánticamente con Europa. No es casualidad que Argentina sea considerada como el más europeo de los países sudamericanos, y ¡cuánto le han pesado estas reminiscencias! Por otro lado Chile, vivió una larga existencia y "cultura" provinciana, encerrado en sí mismo, de alguna manera "*volidado territorialmente hacia adentro*" que, de igual forma, ¡tanto le ha pesado! Solo en las últimas décadas del siglo XX Chile se abre unilateralmente al mundo, proyectándose a través de su *vorland Océano Pacífico*.

Si se hace abstracción de estas realidades geoculturales de ambos países, la investigación que comentamos tiende a perder impulso y conserva el carácter de catastro, quizás ordenado y sistematizado de alguna manera distinta a las conocidas previamente, pero continúa siendo una exposición con *pretensión objetiva* de documentos y antecedentes, a sabiendas que estos *están saturados de intencionalidad, de propuestas*

con carga ideológica nacionalista, de abstracciones que esconden propuestas e intenciones de las más variadas naturalezas. Es por eso que, en esta perspectiva, podríamos llegar a postular como hipótesis que la relación argentino- chilena se podría a llegar a entender mejor, *estudiando el pensamiento de los círculos de influencia intelectual-político-académicos de Buenos Aires y de Santiago respectivamente.*

El Nuevo Mundo, por su impronta fundacional que arranca desde su origen mismo, por la uniformidad temporal con que emerge, por su homogeneidad cultural, en fin, por el predominio mayoritario de “una matriz hispánica”, no tiene ni ha tenido nunca, *fronteras* en el sentido que las ha tenido Europa. En el Viejo Mundo, el tema de la *fronterización* jamás fue ideológico, sino real, en razón de ser espacio poblacional y así culturalmente ocupado densamente por milenios. En nuestro entorno, el vacío de contenido de los *hinterländer* en toda Sudamérica –entre otros motivos por el poblamiento metropolitano de los países– determinó que el carácter de la discusión fronteriza fuera mayoritariamente un duelo entre la “fantasía y la imaginación”. La fisonomía de todo el poblamiento sudamericano da cuenta inequívoca de estos interiores territoriales vacíos. En efecto, predomina un patrón territorial de aglomeraciones urbanas periféricas, caracterizada por miradas centrifugales, dirigidas a un exclusivo horizonte de ultramar, España.

En rigor, lo que planteamos es que la comprensión de las relaciones bilaterales al interior del Nuevo Mundo no se revela integralmente solo a partir de una reconstitución, de una mirada solo histórica. No se transparenta exclusivamente desde esta dimensión, porque es un tema imposible de entender desde sí mismo, sino requiere de un análisis geopolítico más “holístico”. Pero la necesidad de una “ampliación de la mirada” no se enriquece ni satisface profundizando y recogiendo retrospectivamente solo la cronología histórica.

El libro de Pablo Lacoste es un estudio serio y acucioso, una lectura-interpretación de una larga, compleja y delicada relación vecinal. Pero reiteramos que, al reunir los múltiples y variados antecedentes sobre el tema, adquiere el carácter de una rica cantera que anima, estimula a seguir con investigaciones que se desprenden de lo aportado por él en esta investigación, y que contribuyen a ir completando y dar cuenta integral de una dinámica que pareciera no tener fin.

RICARDO RIESCO JARAMILLO
Pontificia Universidad Católica de Chile
Universidad Gabriela Mistral

JOHN L. RECTOR, *The history of Chile*, Greenwood Press, USA, 2003, 297 págs.

El libro del profesor Rector es más que un manual de Historia de Chile, incluye una lista de los acrónimos y siglas más importantes en el país, una tabla cronológica con las fechas más emblemáticas, una lista de reseñas biográficas de personajes notables de la historia de Chile, una breve pero lograda descripción de los principales rasgos de sus geografía, clima, gentes y educación y un glosario de palabras

en castellano de difícil comprensión para quien no sea hispanoamericano o chileno. Además, entrega datos demográficos y económicos, identificación de las regiones, cifras del crecimiento económico reciente, transportes, empleo; información sobre la forma de gobierno, partidos políticos, lenguaje, música, cultura, religiosidad y aun otros temas, como los principales museos.

En este sentido, es una obra con una gran utilidad pedagógica, para quien, conociéndolo poco, se quiera informar sobre el país. Más corta y menos erudita que el libro de Loveman u otros compendios publicados en inglés que están concebidos para estudiosos del país, esta obra pretende llegar a un público más general.

El autor hace un apretado resumen del mundo aborígen prehispánico y de la Conquista. Al hacerlo no se aparta de la visión que entregan las fuentes y obras fundamentales más conocidas y su información resulta plenamente confiable. Cuando usa palabras castellanas de un significado difícil de entender para un no hispanoparlante —o incluso para quien no sea latinoamericano, como dijimos—, como “encomienda”, el significado del concepto se encuentra explicado en el ya mencionado glosario que se incluye.

En torno al difícil y controvertido tema del trato dado a los indios por parte de los españoles, Rector se muestra ecuánime y recoge la visión moderna del proceso, destacando cómo la resistencia de los nativos se debió en buena medida a los desmedidos abusos de que fueron objeto. Muestra admiración hacia la habilidad guerrera de los mapuches.

En fin, se refiere a la Guerra de Arauco, sus principales personajes y episodios, destacando la idea de la “Guerra Defensiva” y su ligazón con la obra de la Iglesia Católica y algunas figuras en particular.

Y así continúa entregando una visión de lo que fue la Conquista y la era colonial, en una periodificación novedosa que inicia antes de la conquista española y hace concluir en 1750. En esta priman las explicaciones más aceptadas por la historiografía seria, muestra de que el autor se informó ampliamente al respecto. No defiende una tesis ni hace denuncias largamente fundamentadas, las que, por lo demás, no se justificarían en un manual como el que comentamos.

Tampoco el autor pretende seguir una línea cronológica estricta, como lo hacen las historias generales de Chile más conocidas y concede poca importancia (menos de una página) a la historia político-administrativa. En cambio se preocupa de temáticas sociales, religiosas, etnográficas, demográficas, económicas y culturales. En lo económico destaca que el Chile colonial fue un país que vivió de una agricultura primitiva centrada en el sistema de la hacienda y en menor medida en una minería y en un comercio internacional en pequeña escala. También presta atención a la formación de la sociedad chilena.

La diferenciación entre lo que fue el Chile extremadamente pobre, turbulento y aislado de los siglos XVI y XVII y el país más ordenado y próspero del siglo XVIII, Rector la ve conectada a las reformas borbónicas, con las que inicia el segundo capítulo de la parte propiamente historiográfica del libro y que abarca el período de 1750 a 1830. Pero también como consecuencia de la expulsión de los jesuitas y algunos cambios que se habían venido produciendo en la agricultura, minería y comercio (pp. 53-61). En esto sigue nuevamente las opiniones más sólidas que se

encuentran en la historiografía especializada. Entrega útiles cifras que justifican sus opiniones. Pero el aspecto más novedoso que ve en la época de gobierno borbónico se refiere a la importancia concedida a las obras públicas como signos de progreso (algo tan propio del siglo XVIII europeo) y a las reformas impositivas.

Sobre la Independencia, siguiendo su estilo, el libro, más que un relato, señala algunos procesos y problemas fundamentales, conectándola –como estuvo– con la posterior emancipación de Perú.

Interesante resulta que vea extenderse a la coyuntura de la Independencia hasta 1830. En verdad la inestabilidad y los ensayos de institucionalización duraron hasta ese año, cuando los conservadores encabezados por la figura de Portales impusieron la República autoritaria. Como lo dice la historiografía tradicional, para John Rector la época portaliana marca un hito, diferenciando a Chile, desde entonces un Estado ordenado y firmemente gobernado, de otras repúblicas hispanoamericanas que continuaron con su inestabilidad por todo el siglo XIX y aun después; en esto creo que difícilmente alguien pueda estar en desacuerdo. Pero el autor no deja de hacer presente que esto se consiguió a costa de una menor libertad. En este caso hace un sintético relato de la historia política de esos años (pp. 88-94).

Sin embargo, en el período que se inicia en 1830 y que Rector hace extenderse hasta 1861, si bien señala las características políticas, recién señaladas, que lo marcaron, concede mayor importancia a aspectos económicos, especialmente los ligados con la minería, la agricultura y el comercio y, más todavía, con las figuras de algunos empresarios innovadores y de gran empuje, en estos tres campos, que crearon un primer período de relativa prosperidad en un país que se había caracterizado desde siempre por su pobreza. Se nota la simpatía del autor por las ideas económicas liberales.

La siguiente etapa en la periodificación que sigue el autor, y que la extiende desde 1861 hasta 1891, la califica de “Triunfo del Congreso”, aludiendo a la imposición en Chile del liberalismo político y el sistema parlamentario. Sin embargo bien pudo denominarla como “la era del salitre” o “tiempo de guerra”, no lo hace, pero sí se refiere extensamente a ambas realidades. Inicia el capítulo señalando que durante estos años se consolida la identidad nacional, cuestión que puede discutirse; la mayoría de los historiadores considera que la identidad nacional se consolida después de la guerra contra la Confederación Perú-boliviana en la década de 1830. Pero Rector tiene razón en que es en el período 1861-1891 cuando Chile pasa a tener las dimensiones geográficas que tiene hoy, casi un siglo y medio después. En efecto, durante esas décadas se asientan los chilenos en el extremo sur; el territorio todavía independiente controlado por los mapuches es incorporado al ecúmene nacional, y en la Guerra del Pacífico, que el autor describe en sus rasgos principales, explicando el triunfo de Chile más por la calidad de sus soldados –ya imbuidos de patriotismo y sentido nacional– que por la pericia de los generales, con lo que estoy plenamente de acuerdo. Se adquieren las provincias de Tarapacá y Antofagasta, antes peruana y boliviana, respectivamente, y muy ricas en salitre o nitrato... cuya posesión fue la verdadera causa de la guerra.

El sexto capítulo de su libro lo dedica el autor a lo que denomina *New Classes and Conflicts*. De hecho, se refiere principalmente al nacimiento de la clase media,

que en Chile, a diferencia de muchas sociedades, creció bajo el amparo de un Estado rico como consecuencia de los impuestos pagados por la industria salitrera. El tema de la clase media es muy importante, pues será la columna vertebral, en lo social y político, de la historia de Chile en el siglo XX. De hecho, a partir de 1920 todos los Presidentes de la República, partiendo por Arturo Alessandri, serán de origen medio así como la mayoría de los hombres públicos, intelectuales y profesionales.

También destaca Rector el nacimiento de un proletariado organizado, pero que en estos años no tuvo la importancia que tuvieron los sectores medios y, a veces, fue duramente reprimido. También destaca el atraso social y tecnológico de la agricultura que entró en una profunda decadencia, por la actitud de los hacendados de aprovechar préstamos para fines diferentes al agrícola, en cuyo interés fueron solicitados, sin renovarse tecnológicamente de manera suficiente y manteniéndose una concentración de la tierra, que producía, por contraste, la proliferación del minifundio.

En lo económico, Rector se preocupa de la industrialización, señalando, entre otras cosas, que desde un comienzo recibió la protección del Estado, aunque se logró un cierto crecimiento. En cuanto a la minería el fenómeno más interesante del período es destacado como de progresivo reemplazo del nitrato como principal exportación chilena (se había descubierto cómo producirlo artificialmente), por el cobre, debido a la apertura de varias grandes minas con capital norteamericano hacia 1910.

Se echa de menos una mirada a la cultura, que durante los años 1891-1925 vivió un gran cambio. La clase alta chilena, tradicionalmente pobre y sobria, como consecuencia del dinero del salitre, se transformó en una oligarquía frívola que vivía a imitación de Europa y en particular Francia, lo que explica, en parte, su decadencia como clase política. En tanto la clase media, que también tuvo acceso a la educación como fruto de la riqueza salitrera, tomó una actitud contestataria y rebelde, la que se manifestaría políticamente con su triunfo de 1920 y su intento de hacer reformas sociales profundas en el país. También por estas décadas comenzó a transformarse la clase baja urbana, cada vez más numerosa, en la medida que se iban despoblando los campos. Por cierto que su emigración campo-ciudad también significó un cambio cultural mayor.

El capítulo siete lo titula John Rector como “Experiments in Democracy 1925-48”, aunque en el plano político este período se inicie con una de las dos dictaduras militares que ha tenido Chile en el siglo XX, la de Carlos Ibáñez. Después vinieron –ciertamente– una serie de experimentos democráticos o seudodemocráticos, hasta que este sistema político se afirmó en 1932. Incluso existió una “República Socialista”.

También se preocupa el autor de la cultura, pero de la que llamaríamos “alta cultura”, vale decir, literatura, pintura, historia, etc. Hace ver que las más altas cumbres en este campo vivieron mucho tiempo fuera de Chile, aunque algunos –que eran de origen social medio– como Gabriela Mistral y Pablo Neruda la herencia autóctona nunca desapareció de sus obras. Rector llega más allá de 1955 en su relato; siendo así, pudiera haber incluido algunos nombres de verdadero origen popular.

En esta parte del libro no dejan de deslizársele algunos pequeños errores: la obra de Pedro Prado se llamó *Alsino*, no Alcino. En español los títulos de libros van con minúsculas, excepto la primera letra de la palabra o los nombres propios. Ya antes había hablado de los 15 tomos de la *Historia general de Chile*, de Diego Barros Arana, en circunstancias que son 16. Pero se trata de errores muy menores y que en nada conspiran contra la calidad del libro.

En lo económico y social el autor ve este período, en cierta medida, como una continuación del cambio profundo que trajo la hegemonía de la clase media. Destaca –en lo puramente económico– el creciente rol del Estado, que se manifestó después de 1938 con el nacimiento de la CORFO (Corporación de Fomento) que hizo posible crear en Chile una industria pesada, aunque no muy eficiente. También dedica atención a cómo el sector agrícola toca fondo, haciendo imperativo un proceso que verá en el capítulo siguiente: una reforma agraria. Aprovecha el profesor Rector de referirse a un tema que casi todos los manuales de historia de Chile existentes aluden, el problema del abuso con los mapuches, relatando la historia de un caso bien documentado, pero que refleja una realidad que fue general.

Sobre el período 1958-1973, del que trata el capítulo ocho, John Rector no elabora una tesis comprensiva (como las conocidas de “las utopías en conflicto” o de “los tres tercios”). Lo que sí señala para caracterizar el período es que las ansias reformistas que venían de los gobiernos anteriores ahora se transforman en revolucionarias. Hace un buen análisis de lo orígenes de Partido Demócrata Cristiano y un justo y completo relato (para ser tan breve) del gobierno de Eduardo Frei Montalva, con sus logros y sus debilidades. Como es natural, la elección de Salvador Allende la ve ligada no solo al panorama político interno y a la elección presidencial a tres bandas, sino también el momento que vivía América Latina cuando todavía Cuba parecía un modelo exitoso a seguir.

En un libro que se caracteriza por su ecuanimidad resulta natural que John Rector trate el difícil período del gobierno de la Unidad Popular y su camino al socialismo con “vino y empanadas”, también de manera equilibrada. Se refiere a sus buenas intenciones, pero no oculta que mostró fuertes rasgos de ineptitud y muchos problemas internos. Deja muy claro el papel jugado por la CIA tanto en sus intento para que Allende no asumiera como Presidente como en su derrocamiento. Pero también deja claro que si la Unidad Popular fracasó, fue fundamentalmente por razones de política interna.

El no menos dificultoso tema de la dictadura militar también es abordado con ecuanimidad. Se tocan todos o casi todos los aspectos de un proceso que se transformó en un golpe militar, probablemente deseado por una mayoría de chilenos, en una dictadura de extrema dureza, la que describe. Sin embargo, Rector concede mayor importancia a los cambios en la economía y las llamadas “modernizaciones” (salud, educación, seguridad social, etc.). Tiene razón al defenderlas por su eficacia a mediano plazo, pero quizá debió enfatizar que muchas se hicieron con un costo social, en lo inmediato, verdaderamente terrible y que recayó sobre los más pobres. Enfatiza sí que muchas de las “privatizaciones” provocaron un daño ecológico muy fuerte. En todo caso, ve el tránsito hacia una economía de mercado como algo –en general– positivo, opinión que es mayoritariamente compartida en el Chile de hoy.

Concluye su libro John Rector afirmando que, a pesar de algunos problemas, la transición a la democracia, posterior a 1989, ha funcionado, e incluye un párrafo muy halagador sobre la situación actual del país y su modernización. De modo que los chilenos podemos sentirnos optimistas.

El libro de John Rector es extremadamente útil para cualquier angloparlante que desee conocer o visitar Chile. Aunque no entra en detalles que solo son útiles para alguien “que ya conoce” la historia de Chile, como es el caso –lo repetimos– de otros manuales en inglés, entrega toda la información histórica (y alguna no histórica) básica, y lo hace en una perspectiva objetiva y ponderada. Un libro sin duda recomendable.

CRISTIÁN GAZMURI

Pontificia Universidad Católica de Chile

MARÍA ROSARIA STABILI: *El sentimiento aristocrático. Elites chilenas frente al espejo (1860-1960)*. Traducción de Paula Zaldívar H. Santiago, Editorial Andrés Bello y Centro de Investigaciones Diego Barros Arana, 2003.

La publicación de este volumen, siete años después de su aparición original en italiano, es un hecho sumamente auspicioso: nos permite conocer el resultado de la larga investigación de una distinguida historiadora italiana, que muchos hemos seguido con interés desde hace varios años. María Rosaria Stabili se ha propuesto estudiar la elite chilena en un largo período –la centuria que va de 1860 a 1960– y explorar su subjetividad, sentimientos, valores y formas de vida. Ha querido encarnar tal estudio en sujetos concretos: cinco mujeres que contaron su vida y volcaron ante un grabador opiniones y sentimientos variados.

Tal recorte de su objeto, que hubiera escandalizado al medio académico tres décadas atrás, es el producto de un largo recorrido colectivo, que en parte ha sido realizado por la propia historiadora. En los años setenta estas discusiones eran dominadas por sociólogos y politólogos: eran comunes los debates sobre el uso de categorías como oligarquías, burguesías, o sobre la definición de las singularidades del estado latinoamericano. No eran cuestiones triviales, pues tenían importantes corolarios políticos. Tales definiciones, fuertemente tipológicas, se basaban en las grandes estructuras socioeconómicas; el concepto de “interés objetivo” permitía pasar de ese nivel general al de los comportamientos, actitudes y valores, supuestamente adscriptos a cada posición de clase. Respecto de la oligarquía latinoamericana, los estudios influidos por el marxismo, por la CEPAL, y por la corriente de la dependencia después, pusieron el acento en su comportamiento parasitario, despilfarrador y “feudal”; respecto del Estado, se admitía que existían subtipos: en el caso de Chile, había acuerdo para subrayar su importancia excluyente como organizador de la sociedad civil.

Posteriormente, en los ochenta y noventa, nuevos modelos matizaron esta percepción esquemática: las redes sociales y particularmente las parentales mostraron una

nueva dimensión de la organización social, y en particular de esos grupos que empezaron a ser llamados “la elite”, para postergar un debate *a priori* sobre definiciones juzgado estéril. Por otra parte, los estudios culturales o los de “mentalidades” subrayaron la relativa autonomía e interés específico de la esfera de las percepciones, valores y comportamientos. Paralelamente, los estudios históricos referidos a casos, al mostrar la diversidad y complejidad de la realidad, fueron acotando la validez de los grandes modelos provenientes de la sociología o la ciencia política. Finalmente, la apelación a los testimonios orales y a los recuerdos de los actores –tratados con las técnicas adecuadas– abrió considerablemente las posibilidades de los historiadores que querían abordar el nivel de los imaginarios colectivos, o de la cultura, restringidos hasta entonces al empleo de los testimonios literarios.

En este punto se ubica este libro. Basado principalmente en los extensos testimonios de cinco mujeres, se expone cómo la elite chilena se concibe a sí misma, y cómo da cuenta de un mundo que a fines de la década de 1980 ellos consideran ya irremisiblemente superado. El material está ordenado en cuatro grandes capítulos. En el primero, el eje es la autodefinición: qué significa la “gente como uno”. El “otro”, contra el cual se construye esa identificación no son los campesinos, integrados dentro de una imagen orgánica y armónica de la sociedad, ni tampoco las masas peligrosas de las ciudades, los “rotos” o los proletarios, ausentes de esta narrativa. Se trata de la “clase media”, los nuevos ricos, los “siúticos”, es decir aquellos que aspiran a integrarse a una elite preocupada a su vez por conservar las diferencias, la distinción.

Estas diferencias se basan, naturalmente, en los apellidos; también en el tipo de educación –los colegios privados son distintos de los estatales, aunque no necesariamente mejores– o en una singular relación con la tierra; pero sobre todo en un *ethos*. Este remite a dos palabras: aristocracia e hidalguía, cuyas raíces se encuentran en los orígenes mismos de Chile, pues los primeros hidalgos fueron los conquistadores españoles. Para estas calificadas testigos de la elite, el presente se funde con facilidad en el pasado, en una imagen única, sin tensiones ni contradicciones. La historiadora las acompaña en ese recorrido, examina con ellas la historia de Chile desde esa perspectiva y encuentra elementos que la hacen por lo menos plausible.

El segundo capítulo se refiere a la familia y los apellidos. Las entrevistadas reconstruyen sus historias familiares; algunas parten del presente y llegan hasta donde el recuerdo se los permite; otras comienzan en los tiempos de la Colonia, cuando llegaron sus más lejanos antecesores. Por su parte, a través de su propia investigación, la historiadora reconstruye la genealogía de las familias. Nuevamente se advierte cómo las entrevistadas superponen con facilidad el presente y el pasado, enlazados en un relato con una misma lógica, que llega hasta donde alcanza la memoria familiar; la historiadora lo prolonga un poco, recurriendo a la correspondencia conservada.

Surgen así algunos rasgos del modelo de familia de la elite. Trasciende el grupo nuclear y comprende a toda la parentela, especialmente si ella incluye nombres destacados o apellidos prestigiosos. En los relatos, la mujer ocupa un lugar central en la historia familiar; la historiadora confirma: ya desde tiempos coloniales pue-

den encontrarse antecedentes de su independencia y protagonismo. Hay una fuerte tendencia al casamiento entre primos y a la endogamia, una situación que para las testigos es normal; la historiadora descubre, a lo largo del siglo, una alternancia entre momentos cuando la endogamia es predominante y otros de exogamia, correspondientes a períodos de aparición de camadas de nuevos ricos, socialmente exitosos y admitidos por la elite. Finalmente, cada familia puede entroncar su historia con la del Estado y la nación: la elite se ve a sí misma como un patriciado.

El tercer capítulo está dedicado a la tierra. Aquí Stabili utiliza un enfoque algo diferente: en lugar de partir de los testimonios, los encuadra en los grandes procesos histórico sociales, y se apoya en primer lugar en datos objetivos, como la información brindada por los testamentos. Otra novedad es la aparición de un nuevo “otro”, los campesinos, cuyas características se discuten a partir de la bibliografía académica. El gran tema es el significado de la tierra para una familia de la elite: es la base de su sociabilidad familiar, el lugar donde se construye y reconstruye su identidad. Tener tierra es esencial, aunque esto no se refiere única o principalmente a un mismo fundo. Tampoco implica la propiedad, en el sentido “burgués” del término: de hecho, muchísimas propiedades se transmiten indivisas, a un gran número de descendientes. Por otra parte, la tierra es la base de un estilo de vida y de un arquetipo: el “huaso”, una categoría que elude cualquier definición taxativa.

Esto lleva a una segunda discusión: la contraposición entre el uso racional o capitalista de la tierra o bien su consideración como el soporte de un estilo de vida, más allá de su rentabilidad. La historia de un fundo y de un hombre de campo, narrada por quien fue su administrador de confianza, muestra de manera admirable una compleja relación entre ambas alternativas, que en las discusiones académicas habían sido considerados excluyentes.

El cuarto capítulo se refiere a la relación entre la elite, la sociedad y el Estado. A través de la familia Matte, ubicada en el centro del moderno mundo empresarial chileno —un tema clásico en la bibliografía económica—, se analiza un costado que los economistas han atendido poco: la relación entre fundar empresas y crear instituciones de la sociedad civil. Matte y otros son entusiastas de este tipo de emprendimientos; además de fundarlas, militan en ellas, realizando actividades que pueden ser definidas en términos de la caridad tradicional o de la más moderna filantropía. Por otra parte, para estas familias patricias, el Estado no es algo diferente del propio patrimonio: el Estado somos nosotros, dirían, pero no en el sentido depredatorio que hoy es habitual. Por el contrario, y como en el caso de la tierra familiar, que debe ser conservada, mejorada y legada, el Estado requiere una vocación de servicio, y este servicio es uno de los valores centrales de la elite. Las prácticas político-estatales de los patricios, salvo diferencias menores, no son diferentes de las desarrolladas con respecto al propio patrimonio.

La figura de Arturo Matte Alessandri, con una doble prosapia, que remite a los negocios y al servicio estatal, y una convencida militancia socialista, muestra una fisura gruesa en la elite. Esa fisura se incluye en lo que las testigos perciben como el fin de este mundo de la elite. Su límite es la reforma agraria, lanzada por la democracia cristiana en 1964 y profundizada luego por la Unidad Popular, que ataca la tierra, base de su identidad. Para estas cinco mujeres, la década de 1960 es

un parteaguas generacional. Pueden estrechar en una sola mirada su presente con su pasado, y remontarse a la Independencia o a la Colonia, pero encuentran en los sesenta una brecha esencial, el nacimiento de un mundo de valores diferentes, habitado por nuevas generaciones, ajenas a estas tradiciones y esta sensibilidad.

El propósito declarado de María Rosaria Stabili es presentar las imágenes de un conjunto de mujeres, miembros representativos de la elite, que reflexionan sobre sí mismas con la colaboración de una historiadora que las acompaña. La historiadora está más preocupada por ayudarlas a verbalizar sus vivencias que por incluir sus manifestaciones en una explicación más amplia. En ese sentido, su tarea es ampliamente exitosa. Stabili llega a un grado muy alto de empatía –en un momento se la presenta como “alguien de la familia”– y de confianza con las entrevistadas, que ante ella manifiestan sus opiniones sin reserva.

Desde el punto de vista de la historia oral, se trata de un trabajo modelo. Las voces de las entrevistadas se escuchan perfectamente y sin interferencias. A ellas se agrega la voz de la historiadora, presente en este relato conjunto, que a veces tiene la forma de un madrigal y otras la de un coral. La historiadora acompaña sus testimonios y los motiva. Agrega fragmentos ilustrativos de la historia de Chile; va más allá de lo que alcanza la memoria de cada una, utilizando cartas familiares, fotos y filmaciones. Apela a datos “duros” para confrontar sus dichos, aunque este recurso es utilizado de manera intermitente. Explora el pasado para constatar si la narrativa de sus entrevistadas concuerda con alguna narrativa posible de la historia de Chile. Hasta discute con ellas sobre algunas de las categorías empleadas, y recibe inclusive respuestas llenas de buen sentido historiográfico, como la que recomienda disolver la categoría estatal en las personas concretas que lo dirigen.

Por otra parte, la voz de la historiadora aparece para explicar qué es lo que está haciendo, su método, su oficio, sus recetas. Todo ello permite al lector no solo seguir su trabajo, sino aprender de su rica artesanía. Están las precisas lecciones sobre la historia oral, útiles para quien cultive ese género. Luego, la confrontación de las situaciones chilenas con otras de la historia social europea –parentesco, política, clases–, una práctica importante para combatir el fuerte provincianismo que suele aquejar a los estudios históricos latinoamericanos. También, la transcripción de una espléndida lección recibida de Mario Góngora, quien le recomendó, en algún momento inicial de su investigación, que leyera a los clásicos de la historiografía, buscando en ellos el modo de construir el problemas, de articular los procesos, de encontrar los entronques. Stabili señala varias veces la inspiración recibida de un libro cuyo tema no tienen nada que ver con la elite chilena: *La herencia inmaterial*, de Giovanni Levi.

El objetivo declarado de Stabili está ampliamente logrado: nos presenta un testimonio, con todo lo necesario para convertirlo en fuente, es decir, para que distintos estudiosos, inclusive ella misma, lo coloquen dentro de un orden explicativo más amplio. Este comentario podría terminar aquí, pero sería injusto con un libro denso y complejo, que abre muchas cuestiones sin pretender dar por cerrada ninguna, y que merece –me parece– una discusión, para la que aportaré un par de cuestiones.

La primera se refiere al tránsito del presente de quienes recuerdan al pasado recordado. Stabili arranca con la memoria de sus entrevistadas; gracias a las cartas

familiares puede ir un poco más lejos, y llegar –si se admite la idea de memoria familiar acumulada– hasta mediados del siglo XIX. Luego, la historiadora incursiona en el pasado anterior, hasta la Independencia o la Colonia, para confirmar o convalidar los testimonios, utilizando lo habitual en este oficio: las fuentes de la época. Por ejemplo, las opiniones de sus testigos sobre el papel de las mujeres en las familias de la elite son apoyadas por testimonios del período colonial, referidos a una serie de mujeres autónomas y con iniciativa; los comentarios relativos al carácter extenso de las familias se convalidan con la literatura de viajeros, por ejemplo Mary Graham, que estuvo en Chile en la década de 1820.

Así, bajo la advocación del tiempo largo braudeliano, la historiadora enlaza dos o tres siglos de historia: la recordada por sus testigos y la reconstruida por ella. Pero en algún punto ese salto hace ruido, resulta poco convincente. No queda claro el momento en que una lectura del pasado construida con la clave de sus testigos, que recuerdan en la década de 1980, se convierte en algún punto en el fruto del análisis del historiador; no se le advierte al lector cuando se produce este salto del testimonio a la reconstrucción historiográfica. Inclusive, Stabili es ambigua sobre este punto: a veces manifiesta que solo quiere acompañar a sus testigos en su lectura, constitutivamente sesgada; pero otras veces apela a sus conocimientos de oficio para ratificarlas, y utiliza expresiones tan fuertes como esta: “En la opinión casi unánime de los cronistas y de los viajeros de la época, las mujeres de la aristocracia chilena... resultan tan desenvueltas y seguras de sí mismas y libres en sus relaciones con el sexo opuesto que ello hace dudar... de su fidelidad hacia el esposo y de su comportamiento honesto al respecto, sobre todo si se las compara con las mujeres inglesas”.

Nada indica que no dé por buena tal afirmación, tan general y contundente, pese a que el arsenal erudito desplegado es notoriamente insuficiente. ¿Alcanza una serie de citas de viajeros para probar esto? ¿Los viajeros pueden leerse al pie de la letra, sin someterlos a la crítica heurística? ¿No convendría preguntarse acerca del modelo de referencia, la *forma mentis*, de una inglesa de 1820, como Mary Graham? ¿No es pertinente tener en cuenta qué esperaba de ella su público –los libros de viaje son un éxito editorial–, ávido de novedades exóticas? En suma: si el propósito fue empalmar la mirada del testigo con investigación historiográfica consistente, en una visión de tiempo largo, el resultado no está logrado.

La segunda cuestión se refiere a la “herencia inmaterial”, un concepto importante y verdaderamente central en esta reconstrucción, pues confirma las opiniones espontáneas de sus testigos. Cada una de ellas se siente portadora de una herencia, una tradición, un conjunto de valores, un apellido, y en ellos funda no solo su identidad, sino su visión de la sociedad toda. Se trata de una visión a la que la historiadora parece prestar asentimiento, aunque quizá sea para consolidar la relación de empatía. Seguramente hay mucho de esto que es válido para interpretar la historia de este grupo social. ¿Pero es la única forma que un historiador tiene de ver esta situación? Junto con ese concepto de Levi, podría haber resultado esclarecedor otro que puso de moda Eric Hobsbawm: la “invención de la tradición”, la práctica de los actores consistente en construir un relato del pasado a partir del presente.

Esta perspectiva parece imprescindible para entender un punto central de la historia nacional: el mito de los orígenes, las “comunidades imaginadas” de Benedict Anderson. Puede resumirse en una pregunta trivial: ¿sabían los hombres de 1810 que estaban fundando simultáneamente un linaje y una nación? Diría que no. Quienes se sienten idealmente sus herederos –finalmente la familia también puede considerarse una construcción– proyectan en aquellas acciones lo que luego les parece un resultado estimable: haber fundado la república. Puestos a buscar situaciones homólogas en la historia europea, no es demasiado distinta la actitud del patriciado de las ciudades italianas del siglo XII, o la de aquel otro patriciado, para quien Virgilio fundó en Troya la gloria de Roma.

La idea de una “tradición inventada” –contrapuesta y complementaria de aquella otra de la “herencia inmaterial”– parece esencial para esclarecer otra cuestión: el mito del huaso. A juzgar por su equivalente argentino, el gaucho, es ante todo el fruto de una construcción identitaria. Como en otras cuestiones similares, lo que en la Argentina es un conflicto de construcciones alternativas –la imagen de *Martín Fierro* versus la de *Don Segundo Sombra*– en Chile parece desarrollarse sin conflictos, lo que contribuye a vestir de natural algo que los historiadores habitualmente tienden a considerar como una construcción cultural. Asumir esta segunda perspectiva, sin perder la primera, ayudaría a tomar mayor distancia respecto de estas narraciones identitarias, que tienen siempre para quienes las estudian el riesgo de generar identificaciones. Como hizo Ulises con las sirenas, es necesario atarse al mástil para resistir una tentación tan agradable.

En el mismo sentido, sería útil considerar cuáles son los discursos, ajenos a su sociabilidad espontánea, que han construido los valores de esta elite: indudablemente las entrevistadas son personas cultas, que leen mucho y que a veces cruzan sus opiniones con las de sus lecturas. Discursos importantes y conformadores, como el del Estado o la Iglesia, parecen indispensables para encuadrar adecuadamente estos recuerdos.

Este par de comentarios, perfectamente prescindibles, solo pretenden avanzar un paso más en las discusiones abiertas por una obra de verdadera envergadura, que nos presenta, con arte y oficio, un costado original y en cierto sentido asombroso de la elite chilena.

LUIS ALBERTO ROMERO
Universidad de Buenos Aires, Argentina

CÉSAR ROSS, *Poder, mercado y Estado. Los bancos en Chile en el siglo XIX*, Santiago, Lom Ediciones, Universidad Arturo Prat, 2003. 179, (5) páginas.

Los bancos y los banqueros no concitan las simpatías del resto de la población. El prócer norteamericano Tomás Jefferson declaró que “los establecimientos bancarios son más peligrosos que los ejércitos permanentes”; años más tarde su compatriota Mark Twain escribió: “un banquero es una persona que presta un paraguas

cuando hay sol y lo pide de vuelta tan pronto se pone a llover". Desde entonces, las opiniones sobre esta actividad no han cambiado mucho.

Al estudiar los bancos en Chile durante la segunda mitad del siglo XIX, César Ross comienza con un Ensayo sobre Fuentes y Bibliografía, que pone de manifiesto las limitantes que enfrentó para realizar su investigación. No pudo consultar archivos de bancos, los cuales –declara– no se han conservado; en cambio, pudo ver las series de balances enviados por los bancos al Ministerio de Hacienda y que se conservan en el Archivo Nacional, lo que le ha permitido construir una base de datos que fundamenta parte de su trabajo. También ha pesquisado los archivos notariales, para ver escrituras de constitución de bancos y operaciones de créditos, y las principales fuentes impresas. La revisión bibliográfica de la literatura relativa a los bancos aparecida hasta 1996, confirma sus afirmaciones sobre el escaso tratamiento que ha recibido el tema, si bien muchos trabajos de materias conexas habrían aportado luces sobre su funcionamiento. Pienso en el libro de John Mayo sobre comerciantes británicos y desarrollo chileno; en el de Carmen Gloria Bravo sobre Caracoles y la fiebre especulativa en torno al mineral; las diversas publicaciones de Juan Eduardo Vargas y Ricardo Nazer, y el documento de trabajo N° 186 publicado por el Instituto de Economía de la UC en 1998, de José Díaz, Rolf Lüders y Gert Wagner sobre la evolución del producto total y sectorial chileno, que habría permitido mejorar la información sobre ciclos económicos; la tesis de Sandra Elizabeth Orellana sobre el Banco de Talca para un período posterior al que aquí se estudia, y un artículo de Agustín Llona sobre el papel moneda chileno en la época del patrón oro (en *Monetary Standards in the Periphery. Paper, Silver and Gold, 1854-1933*, London, MacMillan, 2000), que arroja luces sobre la crisis de los años 70.

La temática abordada está, en cierto modo, condicionada por la disponibilidad de fuentes primarias, y por lo mismo el autor no se adentra en lo relativo al funcionamiento de los bancos y la lógica interna del negocio. Ello es de lamentar no solamente por el desconocimiento que existe sobre la materia, sino también porque dificulta la acertada comprensión de los fenómenos descritos. El empleo de modelos estructuralistas no siempre es un buen sustituto de lo anterior, y hay momentos en que el autor se muestra indeciso entre la evidencia de las fuentes y el discurso tradicional de la literatura utilizada.

Uno de los aportes del autor es el estudio de la formación y expansión del sector bancario en el país. Ross emplea la expresión “enclave bancario” para describir la concentración de estas instituciones en Santiago y Valparaíso durante el decenio siguiente a la entrada en vigencia de la Ley de Bancos de 1860. Observa que a partir de los años 70 se abren nuevos bancos en distintas localidades del país y para 1900 la red bancaria se extiende desde Tacna a Punta Arenas, conforme a la nómina que aquí se entrega. Esta paulatina difusión geográfica se explica fácilmente por lo limitado de las actividades comerciales en otros puntos del territorio a mediados del siglo, cuyo desenvolvimiento va aparejado a la mejoría de las comunicaciones terrestres. Resulta difícil concebir el funcionamiento de un banco en una región aislada, sin una buena base de depositantes y potenciales clientes solventes para créditos y otros servicios. Es elocuente el hecho que una de las prime-

ras medidas del Banco de Talca al iniciar sus operaciones a mediados del año 1880 fuera abrir una cuenta corriente con un banco de Santiago o Valparaíso, según se narra en una de las obras citadas en la bibliografía.

Otro aspecto de interés que nos muestra el autor, es el vertiginoso aumento del capital total de la banca –reducido a libras esterlinas para aminorar el efecto de la depreciación de la moneda– especialmente en el período hasta 1869. A su juicio, este incremento sería el resultado de las buenas ganancias obtenidas por los bancos, sin aclarar si es por la capitalización de las mismas o por el atractivo que presentan para atraer aportes frescos de dinero. Sin embargo, las utilidades de la banca en su conjunto durante estos años no alcanzan al 10 por ciento anual en promedio, con un máximo de 15%, según los datos del propio autor, márgenes que no resultan demasiado atractivos considerando las tasas de interés vigentes. A partir de 1870 las cifras siguen mostrando crecimiento, aunque con fuertes fluctuaciones que podrían explicarse por la desvalorización del peso. El aumento en el número de bancos, señala Ross, llevó a una cierta desconcentración del sector, sin perjuicio de la importancia que conservaron los bancos Nacional de Chile, de Valparaíso y de A. Edwards, los cuales obtenían ganancias superiores al promedio. El más rentable era este último, pero no sabemos si sus beneficios eran el producto de operaciones propiamente bancarias o de otras actividades empresariales de don Agustín realizadas a través del banco.

Hay un loable pero poco logrado intento para determinar el origen sectorial de los capitales invertidos por la banca. Decir que hasta 1869 casi la totalidad de este proviene de la propia banca parece una tautología, a no ser que se aclare si corresponde a la reorganización de actividades preexistentes; tampoco ayuda mucho saber que en el período 1880-1884 el 57,8% de los capitales fueron aportados por “propietarios”, sin saber qué tipo de propietarios eran. ¿Son acaso propietarios agrícolas no incluidos en el sector “agricultura”? ¿Son propietarios de bienes raíces urbanos, y si lo son, en qué se diferencian de los rentistas, incluidos en una categoría aparte? Las escrituras de constitución de las sociedades bancarias, que el autor ha utilizado como fuente, no aportan mayores datos. Un futuro estudio prosopográfico podría arrojar más luces.

Otro indicador que emplea Ross para medir la importancia de los bancos dentro de la economía es la relación entre la suma de sus capitales con el ingreso fiscal (ordinario), calculado en libras esterlinas. El resultado es un fuerte incremento en la proporción de los primeros entre 1872 y 1879 para luego descender a los niveles anteriores. A decir verdad, la caída en el capital bancario agregado comenzó el 78, el año de la crisis de la convertibilidad marcado por la liquidación de dos bancos, lo que obliga a mirar este período con algo más de detalle. En efecto, el volumen de préstamos, tanto en términos absolutos como en relación a los depósitos, aumentó fuertemente en esos años. Sin embargo, el mismo autor confiesa que la relación préstamos/capital es inferior a la que corre en los tiempos actuales y que nunca se llegó a sobrepasar el límite entre emisión de billetes y reserva metálica. Con todo, tiene razón al declarar que el aumento de los préstamos obedece a “prácticas especulativas”, aunque no lo demuestra. Es muy posible que muchos créditos en los comienzos de los años 70 hayan sido

concedidos para la compra de acciones mineras y que, con el colapso del valor de las mismas, las deudas hayan quedado impagas, afectando la liquidez de los bancos. No sabemos si los balances de los bancos proporcionan alguna información sobre esta materia; en todo caso, nada se dice acá. Al respecto resultan interesantes las opiniones de Agustín Llona sobre la crisis, que la atribuye tanto a la falta de normas sobre el respaldo de los billetes y depósitos, como a los efectos de la economía mundial y la ausencia de un banco central que hubiera podido paliar la crisis de liquidez.

En relación con préstamos especulativos, Ross confirma las afirmaciones de otros autores en el sentido que la banca no contribuyó al desarrollo de la industria nacional. Así se desprende de las escrituras relativas a operaciones de crédito con garantía que tuvo la ocasión de revisar. Una muestra sobre la base de la misma fuente indica que, por lo general, los préstamos se hacían de preferencia a plazos relativamente cortos, menos de 24 meses. Además, es posible que también se hayan otorgado créditos bancarios a corto plazo sin mediar escritura –posibilidad que el autor no contempla–, lo cual haría más pronunciada esta tendencia. Con todo, esta reticencia de los bancos de prestar dinero a largo plazo no debe ser vista como motivo de crítica, sino como un acto de prudencia. El dinero que prestan los bancos proviene mayormente de los depósitos que reciben, y estos depósitos son a la vista, como es el caso de las cuentas corrientes, o a plazos relativamente cortos. Si colocan los dineros a largo plazo se exponen a una falta de liquidez en el caso de un repentino aumento de los retiros. De ahí la preferencia por financiar exportaciones mineras que señala Ross, negocios que se realizan en un plazo breve. Es muy posible que los bancos hayan financiado empresas industriales a corto plazo mediante el descuento de letras o sobregiros, “operaciones técnicas” que según el autor habrían tenido escasa importancia, si bien otras fuentes dan testimonio de su frecuencia. En todo caso, solo facilitan el giro del negocio y no permiten costear la instalación o expansión de una fábrica.

En cuanto al sector agrícola, el autor hace la diferencia entre los créditos a la agricultura y los agricultores, para explicar su retraso. Sin perjuicio de los distintos usos que podrían hacer estos últimos de los créditos hipotecarios a largo plazo, en inversiones ajenas al mejoramiento de los predios y los cultivos, los préstamos de los bancos bien podrían haber ido a financiar las cosechas, operaciones que se saldan a la vuelta del año. César Ross no se aventura demasiado por este camino, pero los antecedentes que entrega, incluyendo la proliferación de bancos en las provincias agrícolas, da verosimilitud a estas conjeturas.

El último tema que el autor desarrolla es la relación entre los bancos y el gobierno, una relación que califica de “corrupta”, si bien sería más propio usar el calificativo de “incestuosa” como lo han hecho otros autores. La naturaleza de estas relaciones y las críticas a las mismas son conocidas desde bastante tiempo y han sido explicadas en forma más satisfactoria, sin perjuicio de los aportes que aquí se entregan. La esencia de las mismas es la concesión de préstamos al Fisco a cambio de depósitos de dinero del Estado en los bancos y la inconvertibilidad temporal o indefinida de los billetes emitidos por estos. Más allá de la fuerte representación de los intereses de la banca en el Congreso y que el autor enfatiza,

hay buenas razones que explican esta ayuda mutua en tiempos de emergencia. No es excepcional ni particularmente “corrupto” que los gobiernos depositen dinero en los bancos, que recurran a ellos en momentos de necesidad ni que adopten medidas para evitar el colapso del sistema por las graves consecuencias que acarrea. Lo que puede resultar cuestionable son las circunstancias y condiciones de estas relaciones. Con todo, el autor tiene opinión formada al respecto, y al comentar un artículo de época que sostiene la conveniencia de depositar los dineros fiscales en los bancos para estimular la economía, declara que ellas son “teorizaciones de escaso valor explicativo” (p. 111).

Para terminar, Ross aplica a los bancos chilenos los planteamientos de Douglass C. North sobre organismos e instituciones. Sus conclusiones resultan lapidarias: “Los bancos –afirma– por su rol dentro del proceso de formación de capital, se constituyeron en el verdadero cerebro de la economía chilena y en dicho papel estimularon la divergencia, alejaron a Chile de los cambios gradualmente incrementales y frustraron el desarrollo” (p. 140). Como decíamos al comienzo, las opiniones sobre esta actividad no han cambiado mucho.

JUAN RICARDO COUYOUMDJIAN
Pontificia Universidad Católica de Chile

DIANA VENEROS R.-T., *Salvador Allende*, Editorial Sudamericana, Santiago 2003, 463 págs.

La autora nos presenta un libro que califica de un “ensayo sicobiográfico”. Lo es, pero también es una biografía de características más tradicionales, pues sigue cronológica y analíticamente la actuación pública y, en parte, la vida privada del ex Presidente de Chile.

Como sicobiografía, el intento es interesante. La personalidad de Allende habría estado, como la de todo el mundo, marcada por su infancia y origen familiar. Ya adulto habría identificado el pueblo o los sectores sociales bajos de la nación chilena, con figuras femeninas, su madre y su “mama Rosa”, a quienes amó mucho y hacia las cuales desarrolló una ternura protectora. Eso puede ser y Diana Veneros lo desarrolla finamente. Por otro lado, se habría identificado con su abuelo paterno, un valeroso patriarca radical de Valparaíso, el Dr. Allende Padín, filántropo y activo masón, que alcanzó notoriedad por su obra social e importancia como figura pública. La admiración de Salvador Allende hacia grandes figuras de la historia de Chile: O’Higgins o Balmaceda, en particular este último, sin duda viene de la admiración por el “abuelo público”. Admiración que después se fue, extrañamente, metamorfoseando en la necesidad de un final heroico y dramático, un acto de valentía y entrega supremos: el suicido por la patria.

Sin embargo, nos parece que la figura que más marcó la época juvenil de Salvador Allende, y esto queda claro del mismo relato, fue la de su padre. Un buen vividor, despreocupado y amante de los ambientes y objetos refinados, pues

la familia Allende Gossens –claramente– no era de clase media como lo dice la autora, sino de la alta burguesía. La personalidad del padre la encontramos también en el hijo. Siempre un poco actores ambos, exhibían simpatía, gestos altaneros, desaprensión (Allende hijo lanzaba con frecuencia cheques sin fondos, los que “sus amigos acumulaban en los cajones de sus escritorios”, p. 153) y grandiosidad con rango. Solo que el futuro Presidente de la República mostró más solidez, más consecuencia doctrinaria y una sola línea vital, aunque esta, como suele ser en los políticos, era bastante dúctil en la práctica. El hijo demostró también mucho mayor ambición y tenacidad. Se sentía llamado a realizar grandes cosas, lo que no fue el caso del padre. Lo que nos parece, en definitiva, es que, más allá de crudos entrecruces freudianos de carácter edípico, el padre de Salvador Allende fue más decisivo que la madre en la formación de la personalidad del hijo.

Pero vayamos a lo biográfico más tradicional que exhibe la obra. Se va relatando la vida de Salvador Allende, entregando de paso un esquemático trasfondo histórico del devenir chileno del siglo XX y con más profundidad de la izquierda socialista; aunque también está lejos de ser un estudio acabado en este aspecto. Pero la contextualización sí permite situar a la figura de Allende como político.

Más lograda está la tipificación de Salvador Allende como médico. Allende no fue, para nada, un especialista de renombre. Pero sí un activo luchador preocupado por la salud de la población más pobre desde los cargos públicos que ocupó, senador y ministro, lo que se reflejó en una creativa, activa y meticulosa labor legislativa. Aspecto de su vida que ha sido oscurecido por su fulgurante paso por La Moneda.

Tampoco se refiere a Allende como hombre de lecturas, porque seguramente no lo era, aunque dice que se enfrascaba en discusiones doctrinarias en su juventud (p. 67). De hecho, por lo que sabíamos, Allende nunca leyó a Marx, excepto trozos u obras breves, posiblemente el *Manifiesto comunista* y alguna otra. Acaso también estudió uno o varios compendios sobre el pensamiento y proyecto histórico socialista y algunas obras fundamentales sobre historia de Chile y América. Tampoco da la impresión de que Allende fuera un gran lector de literatura, aunque sí gustaba y sabía de pintura.

Muy poco dice el libro sobre el hecho de que Allende fue masón, al parecer alcanzando cierta importancia en la institución. ¿Tuvo algo que ver esto con la figura del abuelo, gran Maestro de la Masonería chilena en su tiempo? Puede ser, aunque difícilmente podrá avenirse su marxismo y, por lo tanto, el materialismo histórico con la espiritualidad gnóstica de la Masonería.

Por otra parte recordemos que además de los presidentes radicales, fueron masones Ibáñez (al parecer) y Augusto Pinochet en su juventud. ¿Qué pudo haber en común entre estas figuras?... , excepto en utilizar su condición para obtener ventajas en sus respectivas carreras. Pero el indagar sobre la Masonería es difícil y en este aspecto todavía queda mucho por saberse sobre Allende... y también de Pinochet. Por ejemplo: ¿eran masones cuando llegaron a gobernar el país? En el caso de Pinochet es casi seguro que ya no lo era, pero queda la duda en el caso de Allende.

¿Le sirvió, de ser ese el caso, su condición de masón para atraer a los radicales a su causa en 1970? Diana Veneros ni se plantea el problema. Sin duda no tuvo acceso a las fuentes.

En cambio sí enfatiza el indudable arrastre de Salvador Allende con las mujeres. Da a entender que tuvo muchas y que “todas las mujeres de su vida fueron conocidas por su belleza y gracia, su personalidad y fuerza, y por su devoción ciega hacia él” (p. 181).

También su facilidad para transformarse en un caudillo popular queda fuera de dudas.

En lo propiamente político, evidentemente el rasgo más característico de Allende fue su consecuencia, y la autora así lo señala varias veces. Aunque no rechazaba el acuerdo y la transacción en la contingencia, e incluso se vanagloriaba de su astucia al respecto, siempre fue un hombre de principios y de una sola línea política. Tenía un diagnóstico de Chile –errado o no– y le fue fiel.

En relación al gobierno de la Unidad Popular, existe un hecho fundamental que Diana Veneros no menciona. Allende, quien pretendía una revolución, aunque fuera con “olor a empanadas y vino tinto”, nunca contó para llevarla a cabo con la mayoría del país. Fue elegido con un 36,2% de los votos, mucho menos que el porcentaje que había obtenido en 1964 cuando logró un 38,9%. En las elecciones municipales de comienzos de abril de 1971, como suele ocurrir con todos los gobiernos nuevos, subió a cerca de un 50%. Pero en una elección parlamentaria extraordinaria por Valparaíso (donde la UP había obtenido mayoría en las municipales), realizada pocos meses después, fue derrotado el conglomerado oficialista saliendo elegido el Dr. Marín, un demócratacristiano. Por lo tanto, Allende contó con la mitad de la opinión pública chilena solo algunos meses del inicio de su gobierno. Después siempre tuvo el apoyo de solo una minoría, lo que se fue acentuado, aunque no drásticamente, pues en 1973 todavía contaba con más de un 44% de las preferencias. Pero la pregunta que surge es si se puede realizar un programa revolucionario contra la voluntad de la mayoría de un país, más todavía si se usan solo recursos pacíficos y legales.

Otro aspecto que la autora da a entender, pero no desarrolla, es que Allende se equivocó medio a medio, o quizá sobrestimó su capacidad política para la “muñeca”, en su trato con las Fuerzas Armadas chilenas, visceralmente antimarxistas. Un hombre que ocupa el cargo de Presidente de la República no puede permitirse tamaño error. Estaba jugando con fuego y no pareció percatarse de ello, a pesar de que muchos de sus cercanos colaboradores –notoriamente Joan Garcés– se lo hicieron ver.

En fin, otra debilidad notoria del gobierno de Salvador Allende, que la autora también hace ver, aunque no profundiza en el tema, fue su incapacidad para controlar a su propio Partido Socialista, si lo que Allende quería realmente era conservar una democracia abierta conjugándola con una fórmula socioeconómica colectivista. El sector mayoritario del PS y su líder Carlos Altamirano estaban por la vía insurreccional y no lo ocultaban. ¿No pudo o no quiso Allende meterlos en vereda?; única posibilidad de lograr un acuerdo verdadero con la Democracia Cristiana. Si la Unidad Popular fracasó fue, quizá, principalmente por eso.

Sobre el gobierno de la Unidad Popular, en cuanto administración, la autora no se extiende, aunque da una idea. No tenía por qué hacerlo tratándose de una biografía que privilegia la personalidad y síquis del biografiado. Pero quizá, incluso su somero análisis, resulta un poco demasiado favorable si se tiene en cuenta la forma en que el régimen terminó (fracasó en verdad).

No es que Diana Veneros no haga presente los errores que el Presidente y su gobierno cometieron. Lo hace con honestidad. Pero los suaviza, enfatizando las buenas intenciones que los animaban. En lo que sí insiste es en las muchas dificultades que hubo de encontrar. Y eso es la pura verdad.

Los últimos capítulos, con la historia del golpe militar ya contada muchas veces, son un homenaje casi lírico a Allende. Otras críticas ya se lo han hecho ver. Transformar lo que hasta ese punto era una correcta biografía en una hagiografía, sin duda conspira contra la solidez del libro. Demasiados adjetivos.

Hay aspectos curiosos en la obra. Diana Veneros, muy extemporáneamente, plantea todavía la duda si Allende fue asesinado o se suicidó (p. 141), aunque al final de libro parece aceptar la tesis del suicidio (p. 386). Tanto más curioso es el punto cuando se piensa de que si Allende hubiera sido asesinado, esa es una afirmación que vendría a poner en duda toda la cuidadosa construcción psicológica con que la autora explica a su biografiado. Pues, si fue asesinado, el perfil personal profundo que muestra, con su rasgo heroico, se derrumba. Es posible que, basándose el libro en una tesis, realizada por ella hace algunos años, se quedara con algunos lugares comunes que se aceptaban en la época, pero que han resultado ser inexactos.

Desde un punto de vista metodológico también cabe hacer al libro algunos reparos graves. La obra casi no menciona fuentes bibliográficas chilenas. El trasfondo de la historia de Chile en el siglo XX que se muestra está tomado de los manuales de los extranjeros Collier y Sater y de Brian Loveman o de los estudios de Paul Drake y de Paul Sigmund. Hasta los lugares comunes, que la autora se ve obligada a rememorar para situar al personaje, no los apoya con la abundante literatura historiográfica existente en el país, sino en citas del *New York Times*, *The Washinton Post*, y en prensa periódica chilena. Queda la impresión que faltó lectura de bibliografía chilena. Posiblemente también esto se explique —aunque no se justifique— porque el libro es una versión de una tesis hecha en EE.UU., Universidad de Brandeis, la que quizá no tenía una muy buena biblioteca sobre el tema. Si ese es el caso me parece que la autora, aunque hubiera debido postergar la aparición de su obra un tiempo, debió incorporar la literatura historiográfica chilena al respecto.

Para terminar, cabe mencionar que es una obra bien escrita, que se lee fácilmente. Lo más logrado son los capítulos que dedica la autora a la labor de Allende como médico y político los años previos a su ascensión a la presidencia y lo que dice sobre su juventud. Allí existe un verdadero aporte. Sin duda no se trata de una biografía definitiva: “La biografía”, como bautizara Gonzalo Vial, presuntuosamente, la suya sobre Pinochet... en lo que pudo ser quizá solo un recurso de marketing, falto de sobriedad por cierto. Por otra parte, ¿cuál es la biografía definitiva de alguien?

En todo caso, es un libro que todo interesado por el tema debe leer, aunque solo sea para cotejar opiniones y explorar hipótesis, aunque la obra es más que eso, entrega una idea del biografiado, con las debilidades historiográficas y metodológicas que ya hicimos notar.

CRISTIÁN GAZMURI

Pontificia Universidad Católica de Chile

ISABEL CRUZ AMENÁBAR, *Lily Garafulic. Forma y signo en la escultura chilena contemporánea*, Ediciones Universidad Católica de Chile, Santiago 2003, 297 págs.

Cuando una bella idea se plasma en una materia y con creatividad y genio se transforma en una obra plena de significado y capacidad de encantamiento, estamos frente a una obra de arte. Es este complejo encadenamiento mental que traspasa el ámbito del intelecto para encontrar su lugar en el material que es capaz de transmitir todo un mundo de percepciones y sentimientos y finalmente apelar a la sensibilidad del espectador, el que Isabel Cruz indaga para entender la obra de Lily Garafulic. La autora del libro *Lily Garafulic. Forma y Signo en la Escultura Chilena Contemporánea*, con un verdadero lenguaje de artista, acorde a la naturaleza del problema que le ha interesado, nos revela la fascinante y rica vida de la escultora, trenzada en forma natural y necesaria con su propio proceso creativo.

Las palabras con que Isabel Cruz presenta su libro anuncian el tono y la belleza del pensar y del escribir que animarán su obra: “ Desde la blanca quietud de ese enclave, las esculturas de Lily Garafulic inician su *desvelamiento*. Los pliegues se deslizan, se perfila la forma, a partir de la tactibilidad de la materia y la idea se hace explícita en la palabra escrita y en el diálogo”. En las páginas que siguen, la historiadora le saca el velo a la escultora y a su obra. Poco quedará vedado al lector, quien podrá conocer la vida de la artista a través de entrevistas y diarios de viaje que ella generosamente ha puesto a disposición de todos, a través de la explicación y comprensión inteligente de la historiadora del arte, por medio del estudio original de su biblioteca y, por último, mediante fotografías que recrean algunos ángulos de la escultura de Lily Garafulic. Quizás lo único que nos queda vedado es aquel genio imponderable del artista, con el que solamente algunos nacen y, en este caso, desarrollan con disciplina y tesón.

Todos los sentidos encuentran regocijo en el libro de Isabel Cruz: las reflexiones y el análisis que inauguran el libro apelan a nuestro intelecto y a entender la relación de Lily con la escultura de una forma novedosa, no lineal, como estamos acostumbrados a leer las biografías de artistas; nuestra vista se asombra con serenidad frente a la fotografía de su escultura y a la minuciosa y ordenada catalogación de esta. Sus diarios de viaje y las conversaciones de la autora con la artista apelan directamente a nuestra imaginación, entregándonos datos maravillosos para poder formarnos una imagen de esta creadora, mujer trasgresora de las reglas sociales y

de los convencionalismos de su época, artista seria y rigurosa en su quehacer, que se enamora del arte que la envuelve en cuerpo y alma.

Las descripciones que hace la autora de las obras de Lily Garafulic invitan a su presencia directa. Quien no haya visto nunca una obra de ella, logra compartir el espíritu que anima a sus esculturas gracias a las diversas herramientas que utiliza Isabel Cruz para comunicar las cualidades de esta obra. Lejos de las explicaciones netamente estilísticas, la autora se atreve a compartir sus sensaciones, fantasías y experiencias que han sido animadas por la escultura de Garafulic, para que nosotros, lectores testigos no visuales, nos sumerjamos en la experiencia artística.

Isabel Cruz propone estudiar a Lily Garafulic a través de los tres elementos básicos de la escultura: forma, materia e idea. Respecto a la primera coordenada, resulta fascinante ver la trayectoria de una artista que se va nutriendo de la contemporaneidad para producir su escultura. Todo es motivo de inspiración y la forma que resulta de esta se relaciona con sus fuentes: la influencia de los clásicos, la de los textos bíblicos, de las culturas precolombinas, de Isla de Pascua, e incluso la llegada del hombre a la Luna. Finalmente, en la madurez de la vida y de su carrera, termina incorporando todas sus fuentes de inspiración, en lo que Isabel Cruz genialmente denomina “multiculturalismo Postmoderno”.

El capítulo referido a la materia nos hace reflexionar acerca de la relación de la tierra con el tacto, la mano y la especial relación de la energía femenina para dominar la materia. Nos sumergimos en la ancestral creencia de la relación de la madre con la tierra, elemento femenino creador que posee poderes sobre la materia que la rodea porque de ella proviene.

En el capítulo dedicado a la idea, Isabel Cruz nos otorga un gran aporte con su metodología: se dedica a estudiar la biblioteca personal de Lily Garafulic como una verdadera espía en busca de los secretos que den la clave para comprender el misterio de su mente creadora. Lily Garafulic es curiosa. Su interés y admiración por manifestaciones artísticas variadas tanto en el tiempo como en el espacio se adivinan a través de los títulos de su biblioteca. Debemos suponer que su mente se nutre de todo un bagaje que la acompaña a la hora de la creación. Un mundo interior rico y educado se vierte en la forma seria y precisa de su escultura.

En cada una de estas subdivisiones que ha establecido la autora, se encarna esta en su personaje estudiado. Isabel Cruz logra comprender y aprehender a la persona y a la artista logrando una empatía total con ella. A veces olvidamos que es la narradora y se convierte en una escultora más, que va trabajando el texto, las imágenes y el análisis serio para crear un relato entretenido y sugerente.

Nos adentramos luego en los diálogos de Lily e Isabel, conversación cotidiana entre dos mujeres talentosas que buscan la perfección en sus respectivos oficios. Fascinante resulta la lectura de aquellos recuerdos que nos cuenta la Lily Garafulic croata, hija de inmigrantes instalados en Antofagasta que luego se trasladaron a Santiago. Lily cuenta detalles de una infancia normal, entre nueve hermanos que subían a los árboles y comían fruta verde y una casa donde se leía y se fomentaba el desarrollo intelectual. Nos informa asimismo de su carácter fuerte y determinado

a hacer lo que quería, su formación en la Escuela de Bellas Artes y las personas influyentes en su trayectoria artística, tales como Luis Oyarzún y Lorenzo Domínguez. Un viaje a Europa previo a la Segunda Guerra Mundial le hace conocer a Brancusi, quien marca su vida: "...ese hombre que para mí fue una especie de deslumbramiento – descubría y tocaba lo que estaba buscando”.

Por último, la inclusión de las notas de viaje de la escultora son otro de los aciertos de Isabel Cruz. Además de cerrar el libro con las apreciaciones explícitas de la generosa Lily que ha querido compartir su intimidad con el lector, su utilización como fuentes históricas y estilísticas serán de gran utilidad a futuros investigadores.

En conclusión, estamos frente a una joya, un libro que encanta por la elección del tema: Lily Garafulic, una mujer fuerte y talentosa que persigue su vocación y logra la excelencia. Un libro que embelesa por un lenguaje seductor, de una historiadora seria y creativa que se atreve con metodologías nuevas y transmite su pasión por el arte.

OLAYA SANFUENTES
Pontificia Universidad Católica de Chile